Los Contemporáneos Núm. 680



LA AMARGA VERDAD

Comedia en tres actos, adaptación de la célebre obra de

B. BJORNSON

20 Cts.

POR

Antonio Navarro Ordóñez

Los Contemporáneos

Año XIV.—Núm 680
2 Febrero 1922

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

LA AMARGA VERDAD

ACTO PRIMERO

Habitación elegantemente amueblada. En el fondo gran terraza con plantas y flores, desde la cual se ve el mar. A la izquierda, dos ventanas. En el centro una mesa; convenientemente distribuidas sillas, mecedoras, etc. A la izquierda una escalera de la que se ven los peldaños más bajos. La acción en un pueblo costero de no importa qué país.

ESCENA PRIMERA

Laura, *en el fondo de la terraza, contemplando el mar.* Federico, *columpiándose en una mecedora.* Luisa, *en otra.*

Federico.—¿Qué haríamos hoy para no aburrirnos? (*Bostezando.*)

Luisa. (*Con perezosa dejadez.*)—¡Qué sé yo! ¡Si quisiera acompañarnos Laura!

Federico.—¿Acompañarnos? ¿Y a qué?

Luisa.—A dar un paseo.

Federico.—¿Con este calor?

Luisa.—Es verdad. ¡Hace un bochorno!... (*Federico se levanta de la mecedora y va a echarse a un sofá. Luisa, con los ojos entornados, tararea, columpiándose, una canción.*)

Federico.—¿Por qué no tocas el piano, Luisa?

Luisa.—Está desafinado. (*Se levanta y se dirige a una de las ventanas.*) Mira, están bañando los caballos.

Federico. (*Levantándose y mirando también.*)—Me dan envidia. De buena gana los imitaría.

Luisa.—¡Hombre! ¡Imitar a los caballos!

Federico.—En lo del baño, digo.

Luisa.—¡Claro! ¿En qué había de ser?

ESCENA II

Matilde. (*Entrando por la puerta de la derecha.*)—¿Y Laura?

Laura. (*Desde la terraza.*)—Aquí estoy, mamá.

Federico.—¿Qué le pasa? La noto a usted así como preocupada.

Matilde.—Nunca faltan preocupaciones.

Luisa.—Como de costumbre, estarás devanándote los sesos para disponer un buen *menú*.

Matilde.—Te parecerá que es cosa fácil.

Federico.—¿Espera usted convidados?

Matilde.—Ya sabe usted, Federico, que en esta casa nunca faltan. (*A Luisa.*) ¿Qué te parece un *salmit* de perdices y salmón con salsa tártara?...

Luisa.—Pero, mamá, si hace lo menos una semana que no almorzamos otra cosa.

Federico.—Y ya sabe usted que siempre perdices cansan.

LUISA.—¡Qué gracioso! (*Burlona.*)

MATILDE.—No hay nada, lo que se dice nada, en este mercado.

LUISA. (*Con indiferencia.*)—Mándalo traer de la ciudad.

MATILDE.—¡Estas comidas! ¡Estas comidas!

LUISA.—Yo que tú, no me calentaría los cascos...

MATILDE.—Claro. ¡Y luego tu padre! Lo malo es que desde algún tiempo a esta parte, no me siento bien. Tengo una fatiga...

FEDERICO.—¿Quiere usted que le diga una cosa?

MATILDE.—¿Qué cosa?

FEDERICO.—No conozco a nadie que se preocupe tanto de las comidas como ustedes.

MATILDE.—Porque habrá usted tratado a pocos hombres de negocios. Mi marido no cesa de repetir que en la mesa, y gracias a la buena comida, ha realizado sus mejores asuntos.

LUISA.—Sí; eso dice.

FEDERICO.—Pues mire usted, puede que tenga razón.

MATILDE. (*A Luisa.*)—Veo que has estrenado el vestido que te trajeron ayer. ¡Cada día uno!

LUISA.—Como a Federico no le gustan ni el azul ni el verde...

FEDERICO.—Pués tampoco es ese muy bonito...

LUISA.—Tú siempre tan galante. ¿Por qué no me los eliges tú?

FEDEICO.—¿Qué entiendo yo de elegir vestidos de señoras?

LUISA.—Pues bien sabes criticarlos. (*Al ver a Laura que viene de la terraza con un ramo de flores en la mano.*) ¡Ah! ¡Su Alteza la Princesa Laura!

LAURA.—La bromita de costumbre.

FEDERICO.—¡Hermoso ramo! ¿Es hoy tu santo?

LAURA.—¿No sabes que no?

LUISA.—¡Ah! Vamos. Ya sé de dónde proceden esas flores... ¡Ja, ja!

LAURA.—¿De qué te ríes?

LUISA. (*Riendo.*)—Ahora lo comprendo todo, como dicen en las comedias. (*Ríe.*)

LAURA.—¿A qué vienen esas risas? Contesta.

LUISA.—He querido decir que ya sé yo qué manos son las que han adornado el altar.

FEDERICO.—Las mías, no.

LUISA.—Quiá, hombre, quiá. ¡Que han de ser las tuyas! Son otras muy coloradas, muy coloradas y muy gordas. Así decía yo. Adónde irá Ricardo con tantas flores. Le ví rondando el cuarto de Laura. Sin duda esperaba ocasión para depositarlas en el camarín de la Princesa. ¡Ja, ja...!

FEDERICO.—¿Conque esas tenemos? Ricardo, el dependiente, ¿te hace la corte? (*Ríe también. Laura arroja al suelo el ramo.*)

LUISA.—No disimules, hermanita. Te felicito por la conquista. (*Laura se dirige a la ventana y queda oculta tras las colgaduras.*)

MATILDE.—Dejad ya eso.

FEDERICO.—¿Dices que Ricardo?...

LUISA.—El mismo que viste y calza. Qué partido, ¿eh?... (*Ríe.*) Fatiga reír con este calor... Pero, ¿quién puede contenerse? Laura, la Princesa Laura, la orgullosa Laura, la inaccesible Laura, que ha rechazado la mar de pretendientes, acepta la romántica ofrenda de unas manos, ¡qué manos!, de dos manojos de rábanos.

FEDERICO.—Cuando pasan rábanos es el cogerlos. (*Ríen los dos.*)

LUISA. (*Asomándose a la balaustrada de la terraza.*)—Mira, mira al culpable. Sin duda se ha apostado allí para ver si Laura se llevaba el ramo a los labios.

MATILDE.—No hay tal cosa. Está esperando a tu padre, que debe de llegar de un momento a otro. Voy yo también. (*Sale por la izquierda de la terraza.*)

LUISA.—Pues es verdad. Por allí viene mi padre. Vamos a recibirle.

FEDERICO.—Yo le esperaré aquí. (*Se levanta y mira desde la ventana.*) Calle. ¡Qué caballo más hermoso monta!... ¡Vamos, vamos!

LUISA. (*Malhumorada.*)—¡Está bien eso! No querías molestarte para saludar a papá, y en cuanto has visto el caballo echas a correr.

FEDERICO. (*Con cierta gravedad.*)—No debes olvidar que en el corazón de un *sportman* el caballo debe ocupar un puesto preferente.

LUISA.—Por lo visto el primero de todos.

FEDERICO.—Capaz serías de tener celos de un caballo. (*Vanse.*)

ESCENA III

LAURA, *casi oculta tras las cortinas y las plantas de la terraza.* RICARDO, *sin verla, entra por la izquierda con una bolsa de viaje y una manta, y pone ambas cosas sobre una silla. Repara en el ramo y lo coge.*

RICARDO.—¡En el suelo! Sin duda lo ha tirado... ¡Bah! Es lo mismo. (*Lo besa y trata de ocultarlo.*) ¡Ha estado en su poder!...

LAURA. (*Bajando de la terraza y acercándose a Ricardo.*)—Deje usted esas flores.

RICARDO. (*Dejándolas caer.*)—¡Ella aquí! (*Muy turbado.*) Señorita, yo... No la había visto...

LAURA.—Pues yo si le he visto a usted

RICARDO.—¡Señorita!...

LAURA.—¿Cómo se atreve usted a tomarse

semejantes libertades? ¿Ignora usted cuál es su posición en esta casa? Mírese usted las manos y considere si pueden emplearse en otra cosa que en los trabajos del almacén. (*Ricardo oculta las manos tras de la espalda.*) ¿Qué ha visto usted en mí para atreverse?...

RICARDO.—¡ Yo !..., ¡ yo !...

LAURA. (*Remedándole.*)—¡ Yo !... ¡ Yo !... Espero que en adelante no volverá a incurrir usted en semejante necedad. De lo contrario, haré que le despidan. Retírese usted. (*Ricardo, avergonzado y tembloroso, se va por la derecha de la terraza, ocultando siempre las manos.*)

ESCENA IV

LAURA, *abajo, en el proscenio.* DON LORENZO, FEDERICO *y* LUISA, *vienen por la izquierda de la terraza. Antes de aparecer, se oye a* FEDERICO *y a* DON LORENZO

LORENZO.—Es un animal soberbio.

FEDERICO.—¡ Estupendo ! ¡ Qué estampa ! ¡ Qué remos ! (*Entran en escena.*)

LUISA. (*A Federico.*)—Para ti lo primero del mundo son los caballos.

FEDERICO.—Sí..., son de lo primero.

LUISA.—Y lo único.

FEDERICO.—Lo único, no ; también me entusiasman los *skis*, el *foot-bool*... ¡ Oh !, ¡ el *sport!* Di, ¿hay algo como el *sport?* (*Bajan al proscenio.*)

LAURA. (*Acercándose a don Lorenzo.*)—Buenos días, papá.

LORENZO.—¡ Querida Laura !... ¿Y qué tal lo habéis pasado durante mi ausencia? ¿Os habéis divertido mucho?

LUISA.—Mucho, mucho..., no. Y eso que anoche dimos un paseo por mar. Fuimos Laura, Federico y yo... Hacía una noche deliciosa. (*A Federico.*) ¿Verdad que lo pasamos muy bien?

LORENZO.—Dichosos vosotros. Yo no he pasado ni una hora agradable desde que salí de aquí.

LUISA.—¿De modo que no estás satisfecho del resultado de tu viaje?

LORENZO.—¡ Qué he de estarlo !

FEDERICO.—¿No ha podido usted recobrar nada?

LORENZO.—Nada ; es decir, sí, el caballo.

FEDERICO.—Pues ha debido de salirle a usted por una friolera.

LORENZO.—Por sesenta mil pesetas.

FEDERICO.—¡ Atiza !... Pero, ¡ bah ! ¿Qué es eso para usted?

LORENZO.—Sí... ¡ Qué es eso !... (*A Matilde, que entra en aquel momento.*) Y tú, ¿cómo te encuentras?

MATILDE.—Siempre con esta fatiga. Hoy sobre todo, me cuesta un trabajo andar...

LORENZO.—¡ Cuándo dejarás de quejarte !

MATILDE.—Como me has preguntado...

LORENZO.—Di que me traigan el desayuno ; estoy desfallecido.

MATILDE.—En seguida. Todo está preparado. (*Llamando.*) ¡ Rosa !

LORENZO.—¿Vosotras os habéis desayunado ya?

LUISA.—Hace mucho rato. (*Sale una doncella con el servicio, y lo pone en la mesa.*)

LORENZO.—Déjelo usted ahí. (*Vase la doncella. Matilde sirve a su marido.*)

MATILDE.—¿De modo que Muller y su familia?

LORENZO.—Mal, muy mal. (*Mientras habla corta rebanadas de pan, las unta con manteca y come.*)

LAURA.—Precisamente acabo de recibir carta de María, dándome pormenores de la entrada de la Justicia en casa de sus padres, del embargo, de todo... Nadie de la familia sospechaba la menor cosa.

LORENZO.—Ha habido escenas terribles.

MATILDE.—¿Te ha contado Muller?

LORENZO. (*Comiendo.*)—No ; no he hablado con él.

MATILDE.—¿Pues no erais antiguos amigos?

LORENZO.—¡ Bah ! Una cosa es la amistad... Además está medio trastornado, y yo no fuí allá para ver lástimas... Demasiadas me han contado la familia.

LUISA.—¡ Pobrecillos ! ¡ Qué pena !

LORENZO. (*Comiendo.*)—Mucha.

MATILDE.—Y ahora, ¿de qué van a vivir?

LORENZO.—¡ Qué sé yo ! De lo que les señalen los acreedores.

LUISA.—¿De modo que todo lo que poseían?

LORENZO.—Vendido.

MATILDE.—El hotel, los coches, los muebles...

LORENZO.—Todo malbaratado, perdido todo. Hasta el reloj que usaba Muller.

FEDERICO.—¿No han podido salvar siquiera las joyas?

LORENZO.—Nada ; lo que se dice nada. (*A Matilde.*) Echame vino ; tengo una sed terrible.

LAURA.—¡ Desdichados !

MATILDE.—¿Y dónde viven ahora?

LORENZO.—En casa de unos criados, que les han cedido dos cuartuchos.

MATILDE.—¿Tendrán algún proyecto?...

LORENZO.—Sus amigos están haciendo una colecta, y con lo que se reúna, creo que la mujer de Muller, piensa poner una casa de huéspedes.

MATILDE.—¡ Lo que tendrá que devanarse los sesos para preparar tantas comidas !

LUISA.—¡ La ayudará su hija María !

FEDERICO.—¡ Ella, tan orgullosa, metida a pupilera!

MATILDE.—Y a todo esto, ¿qué hace Muller?

LORENZO. (*Con aspereza.*)—¿No te he dicho ya que no sé nada!

LAURA.—Bastante ha hecho. (*Don Lorenzo, que ha acabado ya de desayunarse, mira fijamente a su hija.*)

LORENZO.—¿Qué quieres decir?

LAURA.—Digo que su conducta ha sido indigna. Si yo fuese su hija, no le perdonaría nunca.

MATILDE.—Por Dios, Laura, no digas eso.

LAURA.—¿Por qué no he de decir lo que siento? El hombre que ha sumido a los suyos en el oprobio y en la miseria no merece piedad.

LORENZO.—¿Quién habrá en el mundo que no merezca algo de piedad?

LAURA.—Te aseguro que por mucho que yo hubiera querido a una persona, si ella llegase a hacer lo que Muller, fuese quien fuese, no volvería... ni a mirarla a la cara. La conducta de ese hombre es vergonzosa.

LORENZO.—¡ Sí; vergonzosa!

MATILDE.—¿Quieres algo más?

LORENZO.—No, no quiero.

MATILDE.—¿Un poco de torta?...

LORENZO.—Ya te he dicho que no. No insistas. (*A su hija.*) Decías que la conducta de Muller...

LAURA.—Nada me parece tan bajo como ocupar una posición que no nos pertenece. Si yo me viese en tal caso; si cuanto nos rodea fuese el fruto de una farsa indigna, de un engaño, de un robo... ¡Oh!, si yo tuviese semejante desgracia, mi desesperación sería tan grande como el odio que sentiría hacia el farsante, hacia el impostor que...

LORENZO.—¿Aunque fuese tu padre?

LAURA. (*Tras ligera vacilación.*)—Por eso, por ser mi padre.

LORENZO.—Calla, Laura, calla: tú no conoces la vida, no sabes por qué dolorosos caminos se llega a veces a eso..., a eso que tú calificas tan duramente.

FEDERICO.—Muller es un bribón de siete suelas, a quien le hubiera estado muy bien oír las palabras de Laura.

LAURA.—En cuanto a eso, puedes estar seguro de que no ha tenido que ir a Roma por penitencia. María le ha hablado más enérgicamente de lo que tú puedes figurarte.

MATILDE. (*Con emoción contenida.*)—¡ Su propia hija! ¿Y tú lo apruebas?

LAURA.—¿Que si lo apruebo?... Lo aplaudo. El deber primero de toda alma honrada, es decir la verdad.

MATILDE.—Me hace daño oírte hablar de esa manera.

LAURA.—¿Qué quieres? No sé fingir.

LORENZO. (*Aproximándose a Laura.*)—En los negocios mercantiles, entra por mucho la suerte... Hoy la prosperidad...; mañana, acaso la desgracia.

LAURA.—No me cabe en la cabeza que el comercio honrado sea una especie de lotería.

LORENZO.—Claro que el comercio honrado...

LAURA.—El otro es el que yo condeno.

LORENZO.—Cualquier hombre de bien puede verse en situaciones difíciles...

LAURA.—Es verdad; pero cuando un hombre de bien se encuentra en una de esas situaciones, no tiene derecho a engañar a sus acreedores y a su familia.

LUISA.—¿Qué entendemos nosotras de esas cosas?

LAURA.—No se necesita entender mucho para juzgar la conducta de Muller.

FEDERICO.—Pues María bien se ha aprovechado de las maniobras de su señor padre. Nadie la aventajaba en lujos y ostentación.

LAURA.—María es mi mejor amiga, y no quiero que se hable mal de ella.

FEDERICO. (*Burlón.*)—Vuestra Alteza me permitirá decirla que la vanidad y el orgullo no son cualidades muy recomendables.

LAURA.—María no es vana, ni orgullosa; es digna. Si ha vivido con grandeza hasta hace poco, era porque se creía heredera de grandes riquezas.

FEDERICO.—Habrá que ver con la grandeza que vivirá ahora, después de la ruina de su padre.

LAURA.—Con la grandeza de la dignidad, que no consiste en trajes, ni joyas. María ha vendido cuanto poseía para pagar en parte a los acreedores de su padre. Lo que ahora lleva encima lo ha adquirido, como préstamo, a cambio de su trabajo.

FEDERICO.—¡ Qué lástima no haber sabido con tiempo lo de la subasta!

LAURA.—¡ Sin duda habrías pasado un rato muy divertido!... Eso más tiene que agradecer María a su padre: la burla de los que se gozan en el mal ajeno.

FEDERICO.—Oye, Laura, si crees que yo...

LORENZO.—Te ensañas demasiado con Muller, y es porque no sabes que un comerciante tiene confianza siempre en lo venidero. Es, aunque tú no lo creas, un soñador..., un poeta..., a veces un genio que alcanza a ver la tierra de promisión, donde otros nada ven.

LAURA.—¡ Palabras! No hay especulación honrada, cuando se arriesga lo que no se tiene.

LORENZO.—¿Y quién puede calcular?...

LAURA.—Para eso están los libros.

LORENZO.—¡ Los libros!, ¡los libros! Existen valores flotantes sujetos a mil oscilaciones.

LAURA.—De esas oscilaciones se debe responder con el dinero propio, no con el ajeno. (*Matilde hace señas a Laura para que se

calle. Esta no las advierte, o no hace caso de ellas.)

LORENZO.—Ese dinero ajeno se nos ha confiado para que especulemos con él.

LAURA.—Siempre que podamos devolverlo; en caso de pérdida...

LORENZO.—Imposible es que comprendas... *(A Luisa.)* ¿Dónde están los periódicos?

LUISA.—En el despacho.

LORENZO.—Ve a buscarlos.

MATILDE *(Aparte, a Laura.)*—Nunca haces caso de lo que te digo. *(Laura se encoge de hombros, sube a la terraza y se apoya de codos en la baranda.)*

LORENZO *(Mirando el reloj.)*—¡Las doce ya!

MATILDE.—¡Las doce! ¡Y yo aquí! *(A su marido.)* ¿Tendremos hoy también convidados?

LORENZO.—Mil veces te he dicho que debemos estar preparados como si fuésemos a tenerlos. *(A media voz.)* Y ahora más que nunca.

MATILDE.—Voy, voy en seguida.

ESCENA V

DICHOS, *menos* MATILDE. *Don Lorenzo suspira profundamente, se sienta junto a la mesa y apoya la cabeza entre las manos. Laura, en la terraza. Federico, sentado en una mecedora, hojeando una revista.*

LUISA *(Con los periódicos.)*—Los periódicos, papá.

LORENZO *(Con sobresalto.)* — ¿Eh? ¿Qué es eso?

LUISA *(Con extrañeza.)*—¿No me habías pedido los periódicos?

LORENZO.—¡Ah! Sí. Dámelos. *(Los abre nerviosamente y mira en la tercera plana. Para sí.)* ¡Siempre, siempre en baja!

LUISA *(Después de cambiar una mirada de inteligencia con Federico.)*—¡Papá!

LORENZO *(Sin atender a su hija y hablando consigo mismo.)*—Sesenta; cincuenta y ocho... ¡Dos enteros!

LUISA.—¡Papá!

LORENZO.—¿Qué quieres?

LUISA.—¿Me dejas ir a la ciudad a ver a tía Marta?... Tengo también que hacer unas compras. Laura y Federico me acompañarán.

LORENZO. — ¿No estuvisteis el otro día? Por cierto que he recibido las facturas de tus últimas compras. ¿Las has visto?

LUISA.—¿Para qué? Ya las has visto tú... ¿Por qué suspiras?

LORENZO.—Los cambios bajan.

LUISA.—Y por eso estás triste... ¡Bah!

LORENZO.—Estoy como siempre

LUISA. — Me había parecido... ¡Claro!... ¡Con tantas cosas en la cabeza!... Vamos, ¿nos dejas?

LORENZO.—No, hija mía; hoy no es posible.

LUISA.—Anda, papaíto. *(Con zalamería.)*

LORENZO.—No; ya te he dicho que no. Es fácil, casi seguro, que venga alguien a comer con nosotros, y conviene que tú y tu hermana me ayudéis a recibirle.

LUISA.—¡Convidados! ¡Siempre convidados! ¡Que fastidio!

LORENZO.—Más me molestan a mí.

LUISA.—Entonces, ¿por qué los invitas?

LORENZO.—En casas como la nuestra es de gran importancia obsequiar a las personas que las visitan. Hoy debéis quedaros. Justo es que hagáis ese sacrificio por mí... *(Bajando la voz.)* y por vosotras.

LUISA.—Mira que eres... Tanto como nos divertimos en la ciudad.

LORENZO.—Demasiado. La última vez que estuvisteis en ella gastasteis un dineral.

LUISA.—Para eso somos hijas de un fabricante cuya palabra es oro. Así nos lo dicen en todas las tiendas. "Pueden ustedes llevarse todo el género"... Vamos, ¿Nos dejas ir?

LORENZO.— Ya te he dicho que no.

FEDERICO *(Aparte a Luisa.)*—No porfíes; ¿no ves que está de mal humor?

LUISA *(Aparte a Federico.)*—Si tú me hubieras ayudado, habría cedido.

FEDERICO.—Y bien mirado, ¿para qué?

LUISA.—¿Pues no decías hace un momento que te aburres aquí?

FEDERICO.—A mí esas excursiones con dos mujeres me cargan.

LUISA.—¡Qué fino eres!

FEDERICO.—¡Vaya, veo que te molesto!

LUISA.—Un poco.

FEDERICO.—Pues mira, para no molestarte, te dejo.

LUISA.—Como quieras.

FEDERICO.—Sí; me voy. Tú y los tuyos estáis hoy muy poco agradables. *(A don Lorenzo.)* Si usted no dispone otra cosa, me marcho.

LORENZO.—No se vaya usted. Comerá con nosotros... Es posible que le necesite.

FEDERICO.—En tal caso...

LUISA *(Aparte a Federico.)*—Anda, fastídiate. Me alegro. *(Vanse Luisa y Federico por la terraza.)*

ESCENA VI

DON LORENZO *y* LAURA

LORENZO *(Deja caer los periódicos y lanza un suspiro.)*—Si el Banco Regional no admite la renovación de mis créditos, me

queda todavía Bernáldez... Más de una vez me ha hecho ofrecimientos... Pero una cosa es prometer y otra... ¡Qué intranquilidad, Dios mío!

LAURA (*Desde la terraza.*)—Papá.

LORENZO (*Como saliendo de sus cavilaciones.*)—¿Qué?

LAURA.—Acabo de ver al señor Valsinde.

LORENZO.—¿A Valsinde?

LAURA.—Sí; el abogado del Banco Regional. (*Bajando de la terraza.*) Se me había olvidado decirte que vino ayer a verte; le dijimos que no estabas, y nos pidió permiso para visitar la fábrica y los almacenes. En la mesa de tu despacho debe estar su tarjeta.

LORENZO.—¿Estuvo en la fábrica?

LAURA.—Allí pasó toda la tarde. (*Señalando a la ventana.*) Mírale.

LORENZO.—¿Viene hacia aquí?

LAURA.—No; sin duda, va al muelle.

ESCENA VII

DICHOS; RICARDO, *por la derecha de la terraza.*

RICARDO (*Desde arriba.*) — ¿Da usted su permiso?

LORENZO.—¿Es usted, Ricardo? Adelante. (*Ricardo se turba al ver a Laura y se pone las manos a la espalda. Ella le mira desdeñosamente y sale por la derecha.*)

RICARDO.—Vengo a preguntar a usted si piensa pasar por el escritorio. Delante de la señorita Laura no me he atrevido a decirle...

LORENZO.—¿Y por qué no delante de mi hija?

RICARDO.—Porque como se trata de negocios...

LORENZO. — Usted tan vergonzoso como siempre. En un comerciante no sienta bien tanta timidez... Bueno... ¿Qué hay? ¿Se ha recibido algún telegrama?

RICARDO.—No, señor.

LORENZO (*Aparte.*)—¡Qué tardanza! (*Alto.*)— ¿Tenía usted que decirme...?

RICARDO.—Se han presentado al cobro varias letras.

LORENZO.—¿Qué letras?

RICARDO.—La del señor Muller, que, naturalmente, ha sido protestada.

LORENZO.—Está bien.

RICARDO.—Y una de la casa inglesa Jhon y Compañía... Hay que pagarla, y hacen falta fondos.

LORENZO.—¿Y usted cómo no ha previsto?

RICARDO.—Acudí con tiempo a la sucursal del Banco Regional, y me pusieron reparos...

LORENZO.—¿Qué reparos?

RICARDO.—Me dijeron que para hacer nuevos adelantos necesitaban consultar con su abogado.

LORENZO.—¿Valsinde?

RICARDO.—Sí; el señor Valsinde.

LORENZO.—Bueno. Eso del Banco se arreglará. ¿Hay tiempo, verdad?

RICARDO.—Sí, señor; cuatro días.

LORENZO (*Entre dientes.*) — Ese Muller... Su maldita quiebra ha llevado a todas partes la desconfianza. (*A Ricardo.*) Puede usted retirarse. (*Viendo que Ricardo no se mueve.*) ¿Qué? ¿Tiene usted algo más que decirme?

RICARDO.—Que hoy es día de pago.

LORENZO.—Pues pague usted.

RICARDO.—Es... que no hay fondos.

LORENZO (*Violentamente.*)—¡Cómo que no hay fondos! ¿Qué desorden es ese?... ¿Tendré yo también que encargarme de la caja? ¡No puede uno ausentarse ni un día sin que todo vaya manga por hombro! ¿De modo que nadie me secunda? ¿En qué ha estado usted pensando?

RICARDO.—Ayer presentaron, a última hora, otra letra, a la vista, de Herranz Hermanos, y como no se podía contar con el Banco, tuve, para pagarla, que echar mano de todo el dinero...

LORENZO (*Aparte.*)—¡Oh! Esa negativa del Banco... (*A Ricardo.*) ¡Vaya usted! Yo pasaré luego por la caja. (*Vase Ricardo.*)

LORENZO.—¡Dios mío, Dios mío!

RICARDO (*Volviendo.*)—El señor Valsinde pregunta por usted.

LORENZO.—¡El abogado del Banco! (*Aparte.*) ¿A qué vendrá? (*Alto.*) Está bien. Que pase. (*Medio mutis de Ricardo.*) ¡Ah! Haga el favor de decir que traigan refrescos. (*Vase Ricardo.*)

ESCENA VIII

DON LORENZO; *luego*, VALSINDE

LORENZO.—No me equivocaba. Se desconfía de mí. (*Mirándose a un espejo.*) ¡Qué cara tengo! (*Se separa del espejo; da algunos pasos y vuelve a sentarse. Ensaya una fisonomía sonriente y se dirige a recibir al abogado, que se presenta por la izquierda.*) Pase usted. ¿Tengo el gusto de hablar con el señor Valsinde? (*Movimiento afirmativo del abogado.*) Sé que estuvo usted ayer aquí.

VALSINDE.—En efecto.

LORENZO.—Tenga usted la bondad de sentarse.

VALSINDE. (*Se sienta. Pausa.*)—Hace un calor sofocante... (*Entra un criado con refrescos, que coloca sobre la mesa.*)

LORENZO. — ¿Quiere usted tomar un refresco?

VALSINDE.—No, gracias; no acostumbro. (*Pausa.*)

LORENZO. — ¿Hace mucho que está usted aquí?

VALSINDE.—No; llegué ayer mismo. (*Rechazando un cigarro que le ofrece don Lorenzo.*) No fumo. (*Pausa.*) Por lo visto, ha estado usted de viaje?

LORENZO.—Sí; tuve que ir a la ciudad con motivo de ese desdichado asunto de Muller.

VALSINDE.—¿Teme usted que su quiebra pueda acarrear alguna otra?

LORENZO.—No creo...

VALSINDE.—Existen, sin embargo, ciertos rumores.

LORENZO.—La desconfianza en tales casos es natural. Los capitales son siempre tímidos.

VALSINDE.—Además, la insistente baja de los valores de exportación...

LORENZO.—Esa baja nada significa.

VALSINDE.—¿Opina usted...?

LORENZO. — Que esos valores recobrarán muy pronto su antigua cotización, y quizás superará a la de antes. Todo es cuestión de resistencia.

VALSINDE.—Más vale así... (*Larga pausa.*) ¿Supongo que no le será desconocido del todo el objeto de mi visita?

LORENZO.— Sí; algo presumo.

VALSINDE.—Soy el representante del Banco Regional. Usted tiene recibidas de ese Banco importantes cantidades.

LORENZO.—Algunas... sí...

VALSINDE.—Recientemente ha presentado usted a la Dirección nuevas peticiones, que el Banco... no ha concedido todavía.

LORENZO.—Supongo que no se dudará de mi crédito.

VALSINDE.—El Banco, tanto por las operaciones pasadas como por las venideras, necesita enterarse..., saber a qué atenerse.

LORENZO.—Nada más justo.

VALSINDE.—A este fin se me ha comisionado para que tome informes y examine, si los propietarios me autorizan para ello, los balances de las casas que han recibido o solicitan préstamos del Banco.

LORENZO.—Me lo explico perfectamente.

VALSINDE.—Entonces no le molestará que me entere del balance de su establecimiento.

LORENZO.—De ninguna manera. Se lo entregaré a usted con mucho gusto. ¿Cuándo quiere usted que se lo envíe?

VALSINDE.—Vendré yo mismo a recogerlo.

LORENZO.—No permito que usted se moleste. Antes de una hora lo tendrá usted en el hotel. Acostumbro a hacer diariamente un resumen, según el estado de los cambios.

VALSINDE (*Riendo.*)—Dicen malas lenguas que los comerciantes... un poco comprometidos hacen tres balances al día..., y todos distintos. Pero ahora veo...

LORENZO (*Riendo también.*)—Ve usted que lo mismo se hace en las casas no comprometidas. Aunque no distintos...

VALSINDE. — ¡Oh! Por supuesto. (*Se levanta.*)

LORENZO (*Levantándose también.*)—Espero que me honrará usted viniendo a comer con nosotros.

VALSINDE. — Agradezco mucho su invitación, pero no puedo aceptarla. Mi salud, bastante quebrantada, me obliga a guardar un régimen muy riguroso.

LORENZO.—Siendo así, lamento la causa que me priva del placer de sentarle a mi mesa. ¿Puedo complacerle en algo más?...

VALSINDE. — Sí, señor. Desearía celebrar con usted otra conferencia antes de mi marcha.

LORENZO (*Sorprendido.*) — ¡Otra conferencia! (*Rehaciéndose.*) Cuando usted quiera.

VALSINDE.—Si a usted le fuera posible, esta misma tarde... A las cinco.

LORENZO.—Está bien. A las cinco estaré en el hotel.

VALSINDE.—No; prefiero venir aquí.

LORENZO.—Como usted guste.

VALS. (*Saludando.*)—Hasta muy pronto.

LORENZO.—Permítame que le acompañe.

VALSINDE.—No se moleste usted. (*Al salir se cruzan con Luisa y Federico, que entran.*)

LORENZO.—Tengo el gusto de presentarle a mi hija Luisa y a su prometido Federico...

VALSINDE.—Le conozco de nombre. Sé que es uno de nuestros más distinguidos *sportmens.*

FEDERICO (*Inclinándose.*) — A falta de otros títulos.

VALSINDE.—Y según veo, el *sport* a que ahora se dedica es de los más agradables... (*Don Lorenzo y Valsinde se ríen. Vanse.*)

ESCENA IX

LUISA *y* FEDERICO

FEDERICO.—¡Hase visto el insolente!

LUISA.—Fué una broma. ¿No has reparado en la gracia que le ha hecho a papá?

FEDERICO.—Bien que lo he visto... ¡También tu padre!

LUISA.—¿Qué tienes tú qué decir de mi padre?

FEDERICO.—¿Te parece que ha estado bien reírse de la cuchufleta de ese sujeto?... ¿Que si me dedico aquí a un *sport?* ¿Qué entenderá él lo que es *sport?* Apuesto a que ha querido decir que soy tu novio porque eres rica...

LUISA.—¡Qué suspicacia! En todo caso, de haber tratado de ofender a alguien, habría sido a mí.

FEDERICO.—No sé por qué.

LUISA.—Pues más claro, ni agua. Si hubiera sido su intención decir que sólo me quieres por mi dinero, sería señal de que por otro estilo valía yo muy poco.

FEDERICO.—La verdad es que todos los de esta casa estáis conmigo no sé cómo...

LUISA (*Balanceándose en la mecedora.*) ¡Aprensión!

FEDERICO.—Pero te prevengo que no me hallo dispuesto a consentir que se me trate de esa manera...

FEDERICO.—¿De qué manera?

FEDERICO.—De la que me tratáis Laura, tu padre y tú.

LUISA.—Sabes que estás hoy inauguantable.

FEDERICO.—Pues mira, con tomar el portante...

LUISA (*Siempre columpiándose.*)—Por mí...

FEDERICO.—Y ahora mismo. ¡Adiós! (*Hace que se va.*)

LUISA.—¿Te vas?...

FEDERICO.—Y no sólo de esta casa; me marcho también del pueblo. Sabes que he venido aquí porque estabas tú; que me alojo en una fonda, ¡qué fonda!, en una zahurda... ¡Y todo por causa tuya! Mas, puesto que conmigo te aburres...

LUISA.—Quien se aburre eres tú.

FEDERICO.—No; tú.

LUISA.—¡Tú!

FEDERICO.—Bueno; los dos nos aburrimos. Por eso, lo mejor es que te deje en paz. Ni a ti ni a mí nos han de faltar ocasiones para entretenernos.

LUISA.—Eso es lo que tú querías.

FEDERICO.—Eso es lo que tú estabas deseando. (*Luisa se vuelve de espaldas, haciendo girar la mecedora. Federico, sin decidirse a marchar.* (*Pausa.*)

LUISA (*Vuelve la cabeza y casi a punto de llorar.*)—¿Qué haces ahí? Vete... Se acabó todo ya. ¿Lo oyes? ¡Se acabó! La culpa es mía, que... ¿Pero todavía ahí?... ¡Vete, vete!...

ESCENA X

DICHOS y DON LORENZO

LORENZO.—Eh, ¿qué es eso? ¿Estáis regañando?

LUISA.—Sí; hemos reñido... Y para siempre.

FEDERICO.—Yo le diré a usted.

LUISA.—No; yo te explicaré.

FEDERICO.—Todo ha sido porque ella...

LUISA.—No; porque él...

LORENZO.—Basta. Dejadme de tonterías. Pues estoy yo para templar gaitas.

LUISA (*A Federico.*)—Sí; sí, para siempre. (*Se dirige a la terraza.*)

FEDERICO (*Aparte.*)—Habrá que contentarla; no haga el diablo que... (*Se acerca a Luisa.*)

LUISA (*Ya en la terraza.*)—Déjame; te digo que me dejes. (*Federico y Luisa siguen accionando. Luisa, primero, llora; él trata de quitarle las manos de los ojos. Ella resiste... Luego sonríe... Los ademanes de los dos personajes han de simular una riña de novios que terminan haciendo las paces. En tanto, don Lorenzo se pasea impaciente por el proscenio; se asoma a la ventana; se sienta; se levanta; mira el reloj, demostrando la mayor impaciencia.*)

ESCENA XI

DICHOS; RICARDO

LORENZO.—¿Qué quiere usted?

RICARDO.—Acaban de traer este telegrama.

LORENZO (*Coge el despacho, lo abre nerviosamente y lo lee con avidez.*)—"Llegaré a esa hoy mismo. Estaré ahí dos horas. Hablaremos. Creo que podremos entendernos.—*Bernáldez.*" ¡Oh! ¿Será verdad?... La salvación... Sí; la salvación. Es menester conquistarle a todo trance, deslumbrarle, seducirle. (*Alto, a Ricardo.*) ¿Está el balance terminado?

RICARDO.—Están acabando de ponerlo en limpio.

LORENZO.—Vaya usted; lo necesito en seguida. Lo firmaré antes de salir... ¡Luisa!

LUISA (*Bajando de la terraza.*) — ¿Qué quieres, papá?

LORENZO.—A tu madre, que disponga una comida excelente para diez o doce personas. ¡Un banquete, un verdadero banquete! En seguida.

LUISA.—Pero, papá... ¿Cómo quieres que a estas horas...?

LORENZO.—Es indispensable. Tú no sabes la importancia que tiene esta comida. Y todo, de lo mejor. Díselo a tu madre.

LUISA.—¡Pobre mamá! ¿No te ha dicho que hoy se siente enferma?

LORENZO.—Hoy no puede estar enfermo nadie en esta casa. (*Vase Luisa. Don Lorenzo llama a un criado, que se presenta.*) Que hielen una docena de botellas de *Champagne.* (*Vase el criado.*) (*Don Lorenzo vuelve a llamar. Preséntase una doncella.*) Flores. Coja usted las mejores flores del jardín; que la ayude a usted la señorita Laura. (*Mirando el reloj.*)—El vapor llega a las dos. A la señora, que para las dos y media ha de estar la comida. (*Vase la doncella.*)

ESCENA XII

DON LORENZO *y* FEDERICO

LORENZO. — Usted, Federico, me va a hacer el favor de tomar nota de los convidados para que en seguida extiendan las invitaciones y las repartan. Siéntese ahí y escriba.

FEDERICO (*Aparte. Un tanto mohino.*)—Ni que fuera yo su amanuense.

LORENZO.—¿Decía usted?

FEDERICO.—No; no digo nada. (*Se prepara a escribir.*)

LORENZO (*Dictando.*) — El cura párroco. (*Aparte.*) Le gusta la buena mesa. Además, su presencia dará cierto carácter...

FEDERICO.—Ya está.

LORENZO.—El alcalde.

FEDERICO.—El alcalde... Pondré también al jefe de Policía.

LORENZO. — No; polizontes, no... Ponga usted el notario, el registrador. ¿Cuántas van?

FEDERICO.—Cinco.

LORENZO.—Cinco; Bernáldez, seis...

FEDERICO.—¿Y las señoras no se cuentan?

LORENZO.—Nada de señoras; en las comidas cuyo objeto es tratar de negocios no debe haber más que hombres. Las señoras entrarán a los postres... Decíamos que cinco; Bernáldez, seis, y usted y yo, ocho... Apunte usted al Vista de Aduanas.

FEDERICO.—Ese está siempre a medios pelos..., y cuando come bien...

LORENZO.—Pero no tiene mal vino... Será un elemento de amenidad.

FEDERICO.—¿A quién más?

LORENZO.—A Santurce, el agente. Es persona correcta y sin opinión propia... ¡Ah! Ponga usted también a Martín, el almacenista.

FEDERICO.—¡A ese! Es impresentable...

LORENZO.—Pero es el propietario más rico de toda la comarca...

FEDERICO.—¿Sabe usted lo que hizo en el banquete de la Municipalidad?... Pues se quitó la dentadura, y quería que circulara por toda la mesa, para que los invitados la admirasen.

LORENZO.—Sí; es muy grosero; pero tiene diez mil duros de renta.

FEDERICO.—Mete los dedos en el plato, y se los chupa después...

LORENZO.—Sí; pero es tan rico. Hay que ser indulgente con los ricos.

FEDERICO.—Y a lo mejor suelta unas claridades...

LORENZO.—Tiene usted razón. Podría decir alguna inconveniencia. Prescindamos de él... Escriba usted..., don Cristóbal, el gerente de la Unión Marítima... Jamás dice esta boca es mía.

FEDERICO.—Ya está.

LORENZO.—Nos falta uno... (*Reflexionando.*) ¡Ah!, sí, Jacobo...

FEDERICO.—¿Quién? ¡Jacobo, el capataz!

LORENZO.—No es el capataz; es el encargado de mi fábrica.

FEDERICO.—¡Un artesano!

LORENZO.— Causará buena impresión. En estos tiempos de socialismo, sentar a un obrero a nuestra mesa, viste mucho... Y ahora lleve usted la nota al escritorio, que extiendan las invitaciones y las repartan en seguida.

FEDERICO.—Me manda como a un criado. Si no fuese. (*Vase con la lista.*)

ESCENA XIII

DON LORENZO; *luego* FEDERICO

LORENZO. (*Escribe unas líneas en un papel, y lo mete en un sobre.*)—¿Mandaré a Valsinde el balance?... Si Bernáldez me ayuda, para nada necesito del Banco Regional. De todos modos, mejor será mandarlo... El balance da un chasco al más lince... Por muy sagaz que sea Valsinde, no sospechará. (*A Federico, que vuelve.*) Haga usted que lleven esa carta con el balance, en cuanto yo lo firme, al señor Valsinde. Hotel Victoria.

FEDERICO.—¿Una invitación más? Entonces seremos trece.

LORENZO.—No, no es una invitación. Vaya usted pronto.

FEDERICO.—Lo dicho, como a un criado. (*Vase.*)

ESCENA XIV

DON LORENZO

LORENZO.—¡Oh, sí, triunfaré, triunfaré! Bernáldez es hombre que se deja deslumbrar. Yo lograré engatusarle... Nunca me he sentido más esperanzado... A veces estas crisis amenazadoras son la salvación. Estamos a punto de sumergirnos, y una ola gigante parece que va a anegarnos, y por el contrario, nos pone a flote... ¡Oh! Si logro librarme de la catástrofe; recuperar lo perdido, sin que nadie sospeche... ¡Qué ansiedad! ¡Qué incertidumbre! No hay dolor como el dolor de la mentira... Mentir a los clientes, a nuestros empleados, a nuestra misma familia...

Pero esto va a acabar. Este banquete, esta farsa de hoy será la última. Si Bernáldez me ayuda, todo quedará resuelto. Podré dormir tranquilo; tendré algo que pueda llamar mío. No seré esclavo, el vil esclavo de la mentira. ¡Oh, será posible! ¡Será posible!

FEDERICO.—Ya están repartiendo las invitaciones.

LORENZO. (*Mirando el reloj.*)—El vapor debe estar llegando. (*Aparte.*) Hay que cerrar los ojos... ¡A firmar el balance, y audacia!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete de trabajo de D. Lorenzo. A la derecha mesa y sillón de escritorio. Cerca de ella, estante con libros y legajos. A la izquierda, chimenea: sillones frente a ella. En el proscenio una mesa cubierta de botellas de *Champagne*, dulces y cigarrillos. Dos grandes ventanas correspondiente a cada uno de los lados de la mesa escritorio. Puerta a la izquierda. Dos puertas en el centro: una grande que comunica con una galería de cristales; y otra más pequeña que al abrirse deja ver el arranque de una escalera.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, LUISA. CRIADOS *arreglando la mesa.*

MATILDE.—Ya está todo.

LUISA.—¡Cómo se prolonga esta dichosa comida!

MATILDE.—Deben de estar terminando. Bernáldez tiene que marcharse en el tren de las cinco.

LUISA. (*Escuchando desde la puerta de la izquierda.*)—Parece que se levantan de la mesa. (*Ruido de sillas dentro, y murmullos de voces.*) Sí; ya vienen.

MATILDE.—Vámonos nosotras. (*Vanse la criada, Luisa y su madre. El criado queda descorchando botellas.*)

ESCENA II

DON LORENZO, BERNÁLDEZ, *el* CURA, FEDERICO, *el* VISTA DE ADUANAS, *el* SÍNDICO DEL AYUNTAMIENTO *y los demás invitados, hasta doce. Todos muy animados y hablando casi a un tiempo. Solamente el Vista de Aduanas está silencioso.*

LORENZO.—Siento que la comida se haya prolongado tanto.

VARIAS VOCES.—No, no.

LORENZO.—Nuestro ilustre huésped tiene que partir dentro de pocos minutos; permitidme, señores, que diga antes unas cuantas palabras.

VOCES.—Sí, sí. Que hable.

LORENZO.—Hemos tenido la honra de compartir el pan y la sal...

VISTA. (*A medios pelos.*)—...Y el vino.

VOCES.—Chist, silencio.

LORENZO.—Con un hombre insigne; con uno de esos hombres que dan honra y gloria a la nación de que son hijos. El señor Bernáldez, bien lo sabéis, es un príncipe de la Banca. Y digo príncipe, porque es el árbitro de la riqueza pública, de la riqueza, señores, que es la sangre de los pueblos modernos.

VISTA.—¡Viva la sangre, digo, viva la riqueza!

LORENZO.—¿Qué grandes empresas se han acometido últimamente en nuestro amado país, que no hayan sido impulsadas o protegidas por el señor Bernáldez?...

VISTA.—¡Pido la palabra!

TODOS.—Silencio; a callar.

LORENZO.—Sí, señores; su nombre está asociado a cuanto representa progreso, adelanto, bienestar. Sin su concurso, nada grande, en lo tocante a la industria y al comercio, puede emprenderse. Por eso yo le proclamo muy alto el bienhechor de la región.

VISTA.—Y yo también lo proclamo.

LORENZO.—Levanto mi copa en su honor, y hago votos por su prosperidad. ¡Viva el banquero Bernáldez!

TODOS.—¡Viva! (*Los convidados beben. Don Lorenzo choca su copa con la de Bernáldez. Voces y ruidos.*)

LORENZO.—Señores. Un poco de silencio. El señor Bernáldez va a brindar. (*Todos rodean a Bernáldez con respetuoso silencio.*)

BERNÁLDEZ.—Señores, nuestro amable anfitrión acaba de brindar a mi salud, dedicándome frases de elogio que, en verdad, no merezco.

VOCES.—¡Sí, sí!

BERNÁLDEZ.—Digo que no las merezco, porque yo no soy más que un hombre de buena voluntad, que desea con alma y vida la prosperidad de su país natal. Reconozco lo limitado de mi inteligencia...

VISTA.—Es verdad, ¡bravo!

BERNÁLDEZ.—Pero creo conocer algo de las aspiraciones legítimas de esta región; y tengo la certeza de que el talento, la laboriosidad y la honradez del dueño de la casa son los motores que impulsan el engrandecimiento de nuestro país. Cuantos pertenecemos a esta tierra querida, tenemos el deber de secundarle, de ayudarle con todas nuestras fuerzas. Brindo, pues, por la felicidad de nuestro huésped, que es también la de la comarca. (*Aplausos y aclamaciones.*)

VISTA.—¡Pido la palabra! (*Se adelanta copa en mano. Los invitados le impiden hablar, y él, malhumorado, se sienta en un rincón.*)

LORENZO. (*A Federico.*)—Diga usted a Ricardo, que mande suspender el trabajo, y diga a los obreros que vitoreen al señor Bernáldez cuando salga... Vamos, ¡vivo!

FEDERICO. (*Con mal humor.*)—Ya voy...; si no fuera... (*Vase Federico.*)

LORENZO. (*Dirigiéndose a Bernáldez, y con expresiva emoción.*)—Gracias, muchas gracias.

BERNÁLDEZ. (*A Lorenzo, mientras los convidados hablan entre sí, comentando los brindis.*)—Cuente usted conmigo. Trescientas mil pesetas. ¿No es eso?

LORENZO. — Afianzará usted con ello el bienestar de esta región. (*Apretón de manos.*)

JACOBO. (*En el grupo, a los invitados.*)—Ese es mi hombre, y don Lorenzo otro hombre. ¡Dos hombres! (*Levantando la voz, y queriendo meter su cuarto a espada.*) Tengo que decir...

CURA. (*Adelantándose y haciendo callar con un ademán a Jacobo.*)—Como director espiritual de este pueblo y de esta casa, yo debo invocar las bendiciones del cielo, deseando a todos vida feliz y salvación eterna...

VISTA.—¡Amén!

CURA.—Pido asimismo, a Dios, que derrame copiosas bendiciones sobre los hijos de don Lorenzo.

FEDERICO. (*Entrando, y aparte a don Lorenzo.*)—Ya están ahí los obreros.

LORENZO. (*Al cura.*)—Muchas gracias.

CURA.—Y le ruego también que nos bendiga a todos... (*Va a seguir el cura, que sin duda tiene cuerda para rato, pero Jacobo le corta el hilo.*)

JACOBO.—Déjeme usted, señor cura... Señores; yo no soy más que un pobre obrero. No sé hablar..., pero hablo... Bueno, digo, que cuando yo entré en esta casa no tenía sobre qué caerme muerto... Vamos, que era un *méndigo*. (*Risas.*) Don Lorenzo me dió trabajo..., y ahora soy... No seré nada; pero soy algo. Todo por él, por él, que me tendió una mano, una mano honrada, ¡una mano! (*Risas.*) Ya he dicho que no sé hablar; pero quiero hablar, para decir que don Lorenzo es mi padre. (*Risas.*)

LORENZO. — Bueno, bueno, Jacobo, está bien.

JACOBO.—Y quiero brindar como cada quisque. (*Risas.*) ¿A qué vienen esas risas?... Brindo por él y por sus hijos, por doña Matilde, la esposa de don Lorenzo, que es una mujer y una madre..., mi madre también. Yo digo lo que siento, y digo que es una santa... Brindo por ella.

TODOS.—¡A la salud de doña Matilde!

VISTA. (*Enternecido.*)—Has estado muy bien, Jacobo.

BERNÁLDEZ. (*Estrechando la mano de Jacobo.*)—Es usted un hombre de bien.

JACOBO.—¡Ah! Mi señor Bernáldez.

BERNÁLDEZ.—Me honro estrechando su mano.

JACOBO.—Usted me manda rodar y *rodo*. (*Entran Matilde y sus hijas por la puerta pequeña del fondo.*)

BERNÁLDEZ. (*Dirigiéndose a ellas y saludándolas.*)—Siento mucho tener que marcharme sin haber tenido el placer de hablar con ustedes... ¡Oh, señora! ¡Si hubiera usted oído los elogios que aquí se le han dedicado!...

MATILDE.—¿Qué dice usted? ¿Acaso merezco yo?...

BERNÁLDEZ.—Todos muy justos, señora. (*Saludando.*) ¡Señoritas!...

LUISA.—Pronto tendremos el gusto de saludar a su esposa... la primera vez que vayamos a la ciudad...

BERNÁLDEZ.—Será para ella un gran honor. (*A Laura.*) Y usted, señorita, ¿tiene algo que mandarme?

LAURA. (*Con sequedad.*)—Nada.

BERNÁLDEZ. (*Un tanto contrariado.*)—Lo deploro. (*Apretones de manos. Despedidas efusivas. Al estrechar la mano al cura, éste, reteniéndola, exclama con solemnidad.*)

CURA.—Yo hago votos, señor, porque vuestros pasos por los senderos de este valle de lágrimas...

BERNÁLDEZ. (*Queriendo desasirse.*)—¡Gracias, muchas gracias.

CURA. — ...Os conduzcan a la ansiada meta...

BERNÁLDEZ.—Sí, sí; muy agradecido.

CURA. — Mis feligreses, mis humildes feligreses...

BERNÁLDEZ.—Sí, sí; ya sé... Usted me perdonará; el tren no espera. (*Logra al fin desasirse. Un criado le entrega el sombrero. Otro el abrigo.*)

BERNÁLDEZ.—¡Adiós, señores!

LORENZO.—No; vamos todos a despedirle.

VOCES.—¡Sí; todos!

LORENZO. (*A Federico.*—) Encárguese usted de los obreros. Mucho entusiasmo, ¿eh? (*A las señoras.*) Vosotras a saludar con los pañuelos desde las ventanas. (*Matilde y Luisa obedecen. A Laura que no se mueve.*) ¿Y tú?

LAURA.—Yo, no.

LORENZO.—Siempre lo mismo. (*Sale. Salen todos. A poco se oyen aclamaciones y vivas. Matilde y Luisa saludan desde la ventana agitando los pañuelos. Laura se sienta con aire displicente.*)

MATILDE. (*Apartándose de la ventana.*)—Ya se fueron, ¡gracias a Dios! No sé cómo me tengo en pie. ¡Qué día, Señor, qué día! (*Los criados se llevan las botellas y platos, y lo ponen todo en orden.*)

MATILDE. (*A Laura.*)—¿Y tú, no dices nada?

LAURA.—Ya lo ves; nada.

MATILDE.—¿Estás de mal humor?

LAURA.—Me irritan, me sublevan estas cosas.

MATILDE.—Las hace tu padre. Tú no debes juzgarle.

LAURA.—No las juzgo; pero me irritan. Veo en todo esto no sé que comedia...

MATILDE.—Mira lo que dices, Laura.

LAURA.—Me preguntas, y te contesto.

LUISA. (*Desde la ventana.*)—Ya vuelve papá.

LAURA.—Vamos. (*Levantándose y dirigiéndose a la puerta pequeña del fondo.*)

MATILDE.—Sí, será mejor. Si tu padre te ve con esa cara, de seguro se incomodará.

LAURA.—No tengo otra. (*Vanse Matilde y sus hijas y entra don Lorenzo, con expresión de fatiga.*)

ESCENA III

DON LORENZO, *a poco un* CRIADO*; luego el abogado* VALSINDE

DON LORENZO (*Se deja caer en un sillón.*) ¡Al fin! ¡Cuánta farsa! ¡Cuánta dolorosa mentira! Por fortuna, esta vez... Si Bernáldez me cumple su palabra, nada tengo que temer. Pero si se volviera atrás..., si sospechase... ¡Oh!, no, no es posible. (*Entra un criado.*) ¿Eh, qué es eso? (*El criado entrégale una tarjeta.*)

LORENZO. (*Leyendo.*) — "Valsinde, abogado".

CRIADO.—Dice que el señor le ha dado una cita para esta hora...

LORENZO.—Sí, es verdad; que pase. (*Vase el criado.*) ¡Oh! Ahora nada tengo que temer de él. (*Levantándose y con extremada amabilidad.*) Pase usted, señor Valsinde.

VALSINDE. (*Saluda ceremonioso.*)—Ya sé que ha tenido usted invitados...

LORENZO.—En efecto, me ha hecho el honor de sentarse a mi mesa el banquero Bernáldez, uno de mis mejores amigos...

VALSINDE.—Ya, ya he visto la manifestación de simpatía organizada en honor suyo. Ha resultado bastante bien.

LORENZO.—Muy merecida. ¿No le parece a usted?

VALSINDE.—Y muy espontánea. Sobre todo espontánea...

LORENZO.—Pero tome usted asiento.

VALSINDE. (*Deja el sombrero y el bastón en una silla. Viene hasta el proscenio. Se sienta junto a una mesa, y pone sobre ella varios papeles. Don Lorenzo se sienta enfrente, y mira a su visitante con burlona indiferencia. Pausa.*)—Usted me permitirá algunas observaciones...

LORENZO.—¡Oh! Cuantas usted quiera.

VALSINDE.—Como ya tuve el gusto de anunciar a usted, he practicado mis investigaciones, a fin de informar al Banco Regional acerca de la petición formulada por usted, y creo que lo primero que tenemos que hacer, es ponernos de acuerdo usted y yo, acerca de la cuantía del capital efectivo que usted posee. ¿No es así?

LORENZO.—Naturalmente.

VALSINDE.—He examinado con la debida atención el balance que ha tenido usted la bondad de enviarme, y comparadas sus cifras con los datos por mí recogidos...

LORENZO.—Habrá usted podido apreciar que...

VALSINDE.—He podido apreciar que el valor que da usted a sus bienes, resulta... un poco exagerado...

LORENZO.—Perdone usted. Yo diría más bien escaso...

VALSINDE.—Cuestión de apreciaciones; pero las mías no carecen de fundamento. (*Consultando sus papeles.*) Verá usted: Al monte que linda con la fábrica, le señala usted un valor de 250.000 pesetas.

LORENZO.—Exacto.

VALSINDE.—Lo compró usted hace tres años en 150.000.

LORENZO.—¡Ah!, pero con las mejoras que he hecho en él...

VALSINDE.—Sí, ha cortado usted la mitad de los árboles... Hoy si lo fuera usted a vender, no le darían ni las 150.000 pesetas que entregó por él.

LORENZO.—En una venta forzosa... Quizás... Pero como yo no tengo intención de venderlo...

VALSINDE.—Pero como ese monte, lo mismo que todos los de su propiedad, son la fianza que ofrece usted al Banco, yo, que soy

su representante, tengo que apreciar su justo valor.

LORENZO.—Está bien. ¿Dice usted que 150.000 pesetas?... Pues bueno; 150.000 pesetas.

VALSINDE.—A las praderas de la Robleda les asigna usted 100.000, y según el promedio del valor de la propiedad en esta comarca, no valen más que 60.000.

LORENZO. (*Irónicamente.*)—¿Sesenta mil, nada más? Y si usted quiere cincuenta..., cuarenta..., ¿qué más da?

VALSINDE.—Veo con satisfacción que se pone usted en lo justo.

LORENZO.—He de decirle, sin embargo, una cosa.

VALSINDE.—¿Qué cosa?

LORENZO.—Que si la valoración de fincas se hiciese como usted hace las de mi propiedad, todos los industriales de esta comarca tendrían que declararse en quiebra.

VALSINDE.—Ello es precisamente lo que hay que prever.

LORENZO.—Después de todo, las previsiones del Banco Regional, me interesan poco.

VALSINDE.—Tanto mejor. Sin embargo, yo creía...

LORENZO.—Si he acudido al Banco en solicitud de un préstamo, ha sido creyendo que el Banco Regional, como toda constitución de crédito, tenía como principal misión fomentar la industria y el comercio, y facilitar la labor de los hombres de negocios.

VALSINDE.—Así es; pero usted no pretenderá que el Banco de su dinero a quien no le ofrece las debidas garantías.

LORENZO.—Yo las tengo.

VALSINDE.—Ello es precisamente lo que hay que demostrar. Supongamos..., es sólo una suposición, que el Banco le presta a usted las 300.000 pesetas; que llega el vencimiento, y que usted no paga ni tiene bienes bastantes a responder de la deuda...

LORENZO.—Poseo mucho más de lo necesario... Examine usted, examine usted mi balance.

VALSINDE.—Ya creo haberle dicho a usted que lo he examinado detenidamente, y he podido comprobar lo que ya sospechaba...

LORENZO.—¿Qué sospechaba usted?

VALSINDE.—Que ha valorado usted sus fincas, sus inmuebles y las existencias de su almacén en el doble de su valor.

LORENZO. (*Nervioso.*)—¿Eso quiere decir?

VALSINDE. (*Fríamente.*)—Quiere decir que todo ello vale la mitad de la tasación que aparece en el balance.

LORENZO.—Acabemos...

VALSINDE.—Además, usted tiene contraídas obligaciones que no figuran en las cuentas. Da usted como libres, fincas hipotecadas...

LORENZO.—Eso es una suposición falsa...

VALSINDE.—Dispense usted, es un hecho que yo he comprobado. En resumen, usted presenta como activo en su balance un millón de pesetas, cuando en rigor ese activo no pasa de quinientas mil pesetas... En cambio, el pasivo... (*Todos estos datos los enumera Valsinde examinando los papeles.*) asciende a ochocientas mil, según usted; a más de un millón doscientas mil pesetas, según mis cálculos, perfectamente comprobados..., y encima solicita usted trescientas mil pesetas...

LORENZO. (*Procurando contenerse, pero sin conseguirlo del todo.*)—Permita usted que le diga que lo que ha hecho tiene un nombre..., ¿sabe usted qué nombre?, el... de abuso de confianza.

VALSINDE.—¡Por Dios!, nada de frases..., las frases suelen ser sonoras, pero huecas, hiperbólicas, falsas. Los números son fríos, austeros, pero no engañan. Y los números, en este caso, dicen que usted, con un capital comprometido, sin fianza, con apariencias hábilmente preparadas, pero que carecen de realidad; pedía usted al Banco una suma, sin certeza de poderla devolver... Y eso... no está bien.

LORENZO.—Eso quiere decir...

VALSINDE.—Que he remitido mi informe al Banco proponiendo que le nieguen a usted el crédito solicitado.

LORENZO. (*Descompuesto.*)—Eso ha sido una vileza, una traición.

VALSINDE. (*Siempre tranquilo.*)—Creo, por el contrario, que la traición y la vileza habrían sido negañar al Banco, que me ha confiado su representación.

LORENZO.—El proceder de usted es incalificable..., es indigno, es...

VALSINDE.—Ruego a usted se abstenga de expresiones malsonantes, y que reflexione un poco sobre las inexactitudes de su balance.

LORENZO.—Las apreciaciones de usted me tienen sin cuidado... Ha de saber que no necesito para nada del Banco Regional...

VALSINDE.—¡Ah! Vamos. ¿Cree usted que puede contar con Bernáldez?

LORENZO.—Y si así fuese, ¿qué?

VALSINDE.—Que haría usted mal en contar con él.

LORENZO.—Bernáldez es un hombre de palabra.

VALSINDE.—Pero que una vez advertido, no se dejará engañar...

LORENZO.—¿Qué quiere usted decir?...

VALSINDE.—Que el telégrafo es un invento utilísimo.

LORENZO.—No comprendo...

VALSINDE.—Pues es muy sencillo. Cuando el señor Bernáldez regrese a su casa, se encontrará con un telegrama mío.

LORENZO.—¿Usted le ha telegrafiado?

VALSINDE.—Yo, sí, señor..., previniéndole.

LORENZO.—¿Ha cometido usted semejante avilantez?... ¡Pero si es inaudito, monstruo-

so!... ¡Oh, no!, usted no habrá hecho eso... No es posible... ¡Sería una infamia!

VALSINDE. (*Buscando entre los papeles.*)—Aquí tengo copia del telegrama.

LORENZO.—¿Y usted se tendrá por un hombre de honor?...

VALSINDE.—En efecto. Sólo que yo entiendo el honor de distinta manera que usted.

LORENZO.—¡Y tan distinta! (*Paseándose.*) ¡Qué indignidad! ¡Qué bajeza!

VALSINDE.—Si usted me deja explicarme, quizás rectifique el juicio que dice usted haber formado de mi conducta.

LORENZO.—¡Explicaciones!... ¿Qué explicaciones podrá usted dar de su proceder solapado..., vil?...

VALSINDE.—Imagine usted, es un ejemplo tan sólo, que un viajero, Bernáldez, pongo por caso, va tranquilamente por un camino. Yo sé que, en una encrucijada, le espera alguien para desvalijarle..., ¿le parece a usted que un hombre honrado debe encogerse de hombros, y no advertir al descuidado caminante del peligro que le amenaza?

LORENZO.—Eso es un insulto.

VALSINDE.—No, un ejemplo.

LORENZO.—Acabemos; nada tengo que ver con usted ni con el Banco.

VALSINDE.—Está bien. Entonces devolverá usted las cantidades que tiene recibidas.

LORENZO.—En cuanto expire el plazo de los préstamos. Y puesto que ya nada tengo que ver con usted, entrégueme mi balance. (*Va a cogerlo.*)

VALSINDE. (*Poniendo la mano encima de sus papeles.*)—Perdone usted. El balance, no.

LORENZO.—¿Se atreve usted a negármelo?

VALSINDE.—Y a guardármelo en el bolsillo. Un balance falso, fechado y firmado, es un documento muy importante. (*Se lo guarda.*)

LORENZO.—¿De modo que ha decidido usted arruinarme, perderme?

VALSINDE.—Usted es el que viene preparando su perdición y su ruina desde hace mucho tiempo. Yo conocía la situación de usted. Durante un mes he seguido, día por día, todas sus maniobras. Sé que ha perdido usted sumas considerables en desgraciadas jugadas de Bolsa. He comprobado cuanto le perjudica a usted la baja constante en los valores de exportación, y últimamente, he visto, por mis propios ojos, los amaños de sus libros.

LORENZO.—Lo que usted ha hecho es un espionaje vergonzoso, un atraco, un verdadero atraco. ¡Oh! Pero yo sabré defenderme, y pronto se enterará usted de lo que se arriesga cuando se intenta aniquilar, con malas artes, a un hombre honrado.

VALSINDE.—Usted estaba en connivencia con Muller; ha sido usted su socio en muchos de sus detestables negocios.

LORENZO.—¡Falso!... Miente usted. ¿Lo oye usted bien? Le digo que miente.

VALSINDE.—¡Basta de fraseología violenta, y conteste usted a esta pregunta: ¿Piensa usted declarar inmediatamente su insolvencia?

LORENZO. (*Con risa tan forzada como ruidosa.*)—¡Ja, ja! ¡Mi insolvencia!... Es curioso... Usted decide que me declare en quiebra, y no tengo más remedio que obedecer...

VALSINDE.—Se equivoca usted; no soy yo. Son las circunstancias y la misma conciencia de usted las que lo mandan.

LORENZO.—Mi conciencia está muy tranquila.

VALSINDE.—Podrá usted defenderse aún; no lo dudo; durante algunas semanas, quizás durante un mes. Pero si lo reflexiona usted con calma, el interés de sus acreedores y de usted mismo reclaman la pronta declaración de su insolvencia. Prolongar los males es aumentarlos. Todavía hay tiempo. Hoy podrá usted pasar por un comerciante poco afortunado... Mañana se le tendrá a usted por un falsario... Ya sabe usted cuál ha sido el objeto de mi visita...

LORENZO.—Sí, sí; ya sé que ha venido con la intención de arruinarme.

VALSINDE.—¿Arruinarle yo a usted? ¿Qué parte he tomado en la marcha de sus negocios? Si van mal, usted y nadie más que usted tiene la culpa.

LORENZO.—Vuelvo a decirle que falta usted a la verdad. Yo puedo hacer frente a todos mis compromisos, a todos... ¿Lo oye usted? Usted mismo reconoce que cuento todavía con un mes para defenderme de las dificultades del momento. Un mes más para un hombre como yo, es mucho tiempo... En circunstancias más difíciles que las presentes he sabido encontrar recursos.

VALSINDE.—En suma, que está usted resuelto a encenagarse cada vez más en la mentira.

LORENZO.—¡Mentiras, mentiras! ¿Qué sabe usted lo que es el comercio? Hay operaciones hábiles, evoluciones del capital y el crédito que dan la victoria. (*Suavizando el tono.*) Si usted quisiera oírme... Usted es hombre de entendimiento, pero carece de la práctica de los negocios... Además, yo no le he causado a usted mal alguno, ¿qué interés puede usted tener en perderme? Supongamos que estoy a punto de ahogarme..., ¿por qué no ha de tenderme usted una mano generosa?...

VALSINDE.—Le ruego que no prosiga.

LORENZO.—Usted goza de la confianza del Banco Regional. Su informe será para el Banco como artículo de fe. Sea usted generoso; dé usted por bueno mi balance; proponga usted que se me faciliten trescientas mil pesetas, doscientas mil por lo menos; yo salvaré mi casa..., y usted nada perderá...; yo sabré ser agradecido.

VALSINDE.—¿De modo que me propone us-

ter una venta?... Se equivoca usted. No todos los hombres son indignos.

LORENZO.—Sin duda no me he explicado bien. Mi gratitud no será una ofensa.

VALSINDE. (*Hace un ademán de impaciencia.*)

LORENZO.—Centenares de obreros dependen de mis fábricas; mi ruina acarreará la miseria de todos ellos: viejos sin abrigo, niños sin pan, mujeres desvalidas... En mano de usted está evitar tan terribles desgracias; ¿qué misión más noble que la de impedir semejante desastre?

VALSINDE. (*Glacial.*)—No se esfuerce usted... No muerdo el anzuelo.

LORENZO.—No crea usted que yo me valgo de añagazas. Un hombre de tanta inteligencia y tan conocedor de los asuntos mercantiles como Bernáldez, se ha hecho cargo en seguida de la verdad de mi situación, y estaba dispuesto a ayudarme..., y me ayudará a pesar de la intervención de usted. Iré a verle, le hablaré, le convenceré, y todo podrá arreglarse.

VALSINDE.—Cuando usted vaya, Bernáldez habrá partido para el extranjero.

LORENZO.—Le seguiré aunque vaya al fin del mundo.

VALSINDE.—Un viaje de usted al extranjero en estos momentos, parecería una fuga.

LORENZO.—Pero, ¿usted no tiene ni piedad, ni corazón, ni alma?... Tres años hace que vengo luchando titánicamente, ¡oh!, ¡qué tres años! ¿Cree usted que tantos esfuerzos, no merecen alguna recompensa? ¡Es inicuo contemplar cruzado de brazos tanta desolación, tanta ruina!

VALSINDE.—Terminemos.

LORENZO.—No;. la quiebra, jamás.

VALSINDE.—¿Y qué otra solución le resta?

LORENZO.—Yo sé lo que tengo que hacer. No seré jamás la burla y el escarnio de este país.

VALSINDE.—¿Qué proyectos son entonces los suyos?

LORENZO.—Pronto lo sabrá usted. (*Cada vez más excitado.*) ¿De modo que bajo ninguna condición quiere prestarme su auxilio?

VALSINDE.—No.

LORENZO.—¿Se obstina usted en obligarme a que me declare en quiebra?

VALSINDE.—Sí.

LORENZO. (*Sofocado por la emoción y con voz ahogada.*)—¿Usted no ha sentido jamás el vértigo de la desesperación? ¿Ha imaginado usted de lo que es capaz un hombre a quien se le acorrala? Insensato es desencadenar tempestades en un corazón sin esperanzas. Usted, que podría salvarme, se goza en mi desesgracia... ¡Ah! Pero yo le juro que compartirá usted mi suerte.

VALSINDE.—Vamos; empieza usted a ponerse trágico.

LORENZO.—Basta ya de burlas. (*Sacando del cajón del escritorio un revólver.*) ¿Cuánto tiempo cree usted que hace que lo tengo?

VALSINDE. (*Con calma.*)—Probablemente desde que lo compró usted.

LORENZO.—¿Y sabe usted por qué lo compré?

VALSINDE.—No soy curioso.

LORENZO.—Creo que no supondrá usted que un hombre de mi crédito, el fabricante de más importancia de toda la comarca, va a soportar la vergüenza de una bancarrota. Basta, pues, de súplicas. (*Cierra las puertas.*) Pese usted bien mis palabras. De usted depende mi ruina o mi salvación. Mi suerte está en manos de usted; pero su vida está en las mías. Informe usted al Banco proponiéndole que me preste doscientas mil pesetas, pagaderas en un año, o ni usted ni yo saldremos vivos de aquí.

VALSINDE.—¿Está cargado?

LORENZO.—No tardará usted en saberlo.

VALSINDE.—Matándome, añadiría usted un crimen a su falta... Créame usted; deje el revólver, coja la pluma y firme su declaración de quiebra.

LORENZO.—Mi resolución está tomada. Ya se lo he dicho. Usted compartirá mi suerte.

VALSINDE.—Haga lo que quiera. Sus amenazas no me forzarán a hacer falsas declaraciones.

LORENZO.—Entonces, ¡ay de usted!

VALSINDE (*Avanza hacia don Lorenzo, mirándole fijamente, y éste, como dominado, baja el arma.*)—No se atreverá usted.

LORENZO.—Su vida, o mi salvación.

VALSINDE.—¡Un asesinato! ¡Qué hazaña! Oiga usted un consejo leal: renuncie a sus proyectos. Su quiebra es la verdad de su vida. Ella le devolverá la tranquilidad que, en vano, ha tratado de encontrar entre sus falsas riquezas. Ha apurado usted durante tres años el dolor de la mentira; ha sostenido usted una lucha encarnizada; ha sacrificado a ella largas noches de insomnio, la felicidad de su hogar, la paz de la conciencia.

LORENZO (*Con resolución.*) — ¡Basta!... (*Señalando con ademán imperativo hacia la puerta.*) ¡Salga usted!

VALSINDE.—¡Está bien!... Siga usted su camino... Yo he cumplido mi deber. (*Vase.*)

ESCENA IV

DON LORENZO; *luego*, MATILDE

LORENZO (*Queda unos instantes como abrumado. Luego asómase a la ventana. Después de unos momentos en que demuestra estar riñendo una lucha consigo mismo.*)—¡Huír!... No hay otro remedio... Huír de todo... Em-

prender nueva vida... ¡A mis años!... ¿Y mi mujer... y mis hijas? ¿Qué pensarán de mí?... ¿Qué será de ellas? ¡Qué angustia!... Me falta aire para respirar! (*Abre las vidrieras de la ventana.*) ¡Qué hermosa tarde! ¡Y habrá en estos momentos personas felices que sientan la alegría de vivir! (*Pausa.*) Pero es forzoso, es necesario. Es el único camino que me deja libre ese hombre... Al anochecer sale un vapor para Francia. (*Mira el reloj. Como resolviendo lo que va a hacer, toca un timbre.*)

UN CRIADO.—¿Qué manda el señor?

LORENZO.—Llame usted a la señora. (*Vase el criado.*) ¿Cómo le diré a Matilde? ¿Con qué palabras explicarles? (*Quédase abrumado en sus meditaciones. Al oír los pasos de su mujer y como volviendo en sí.*) ¿Eh?

MATILDE.—¿No me has mandado llamar?

LORENZO.—Sí..., te he mandado llamar.

MATILDE.—Di..., pues...

LORENZO (*Después de vacilar.*)—Matilde... Tengo que marcharme.

MATILDE.—¡Marcharte!

LORENZO.—Sí... Los negocios... He hablado con Valsinde... Y... tengo necesidad absoluta de partir para el extranjero.

MATILDE.—¡Para el extranjero!

LORENZO.—Sí... Y ahora mismo.

MATILDE.—¿Entonces?

LORENZO.—Quizás por pocos días... Arréglame la maleta.

MATILDE.—Aún está como esta mañana.

LORENZO.—Pues bien... Tráela... tú misma.

MATILDE.—Voy... (*Vacila.*)

LORENZO.—¿Te sientes mal?

MATILDE (*Conteniéndose.*) — No; no es nada.

LORENZO.—¿Tus molestias de siempre?

MATILDE.—Sí...; de siempre. (*Don Lorenzo va acompañándola hasta la puerta.*)

LORENZO.—Eso no es nada. Te pondrás buena muy pronto.

MATILDE.—Así lo espero.

LORENZO.—Todos llevamos en la vida alguna cruz.

MATILDE (*Deteniéndose al ir a salir, y con voz de súplica.*)—¡Si la llevásemos juntos!

LOREN.—Tú no puedes comprender... Los negocios nos absorben la vida... Ya ves, nunca he tenido tiempo de atenderte, de preocuparme como debía de ti.

MATILDE.—¡Nunca!

LORENZO.—¿Quieres que vaya a ayudarte?

MATILDE. — No; gracias. (*Vase y vuelve cuando marca el diálogo.*)

LORENZO — ¡Todo se lo figura! ¡Oh, me falta el valor! (*Siéntase ante su mesa.*) Pero no, no me queda otro recurso. (*Abre el cajón y saca unos billetes, que cuenta.*) ¡Ciento...; quinientos... Debe haber más... ¡Ah, sí! (*Sigue contando.*) ¡Es poco!... ¡Estos papeles! (*Separa unos y rompe otros.*) ¡Siento como si el suelo fuera a hundirse bajo mis pies!... ¿Y Matilde? ¿Por qué no vendrá?... ¡Cuánto debe de padecer! ¡Pero aún mayor sería su pena si me quedase! Con ella serán clementes nuestras hijas..., mis hijas... (*Entra Matilde con la maleta. Don Lorenzo, al verla, va hacia ella.*) ¡Trae! Voy a guardar estos papeles... (*Se acerca a la mesa, métese el dinero en el bolsillo y abre la maleta para guardar los papeles.*) ¡En esta maleta hay dinero!

MATILDE.—Sí...; algún dinero.

LORENZO.—¿Tú, acaso?...

MATILDE. — Pequeñas cantidades que me has dado de cuando en cuando... Yo no las necesitaba...; pensé que alguna vez podías necesitarlas tú...

LORENZO.—No, Matilde; quédate tú con esto.

MATILDE.—Yo te suplico que te lo lleves. Puede hacerte más falta a ti que a nosotras... Dame este gusto.

LORENZO (*Para sí.*)—¡No hay duda! ¡Lo sabe todo! (*Abriendo los brazos.*) ¡Matilde!

MATILDE.—¡Lorenzo! (*Se abrazan. Con lágrimas en la voz.*) ¿Quieres que llame a nuestras hijas?

LORENZO.—No; no las llames... Más tarde; cuando yo no esté aquí...

MATILDE.—¿Has pensado en lo que vas a hacer?

LORENZO. — ¡Estoy arruinado! ¡Estamos perdidos!

MATILDE.—¿Y no es posible luchar?

LORENZO.—A eso voy..., ¡a luchar!

MATILDE.—Pero aquí, con nosotras; ¡lucharíamos juntos!

LORENZO.—¡Imposible!

MATILDE.—¿Qué será de nosotras sin ti?... Oyeme, oye a la compañera de tu vida... ¿Te acuerdas de nuestra mutua juventud?... Mira. (*Llevándole a la ventana.*) Hace treinta años, en un día como éste de sol y de flores, entramos juntos en aquella iglesia. ¿Ves cómo brilla la cruz sobre la torre?... ¡Treinta años! Hemos envejecido juntos, y ahora, ahora... ¡es nuestra vida que se rompe!

LORENZO.—¡Oh! ¡Si supieras qué desesperados esfuerzos he hecho para impedirlo!

MATILDE.—Lo sé, Lorenzo; lo sé. Porque lo que callabas despierto lo decías dormido. Yo velaba, oía tus suspiros, sabía cuáles eran tus angustias. En estos últimos tiempos mi único consuelo era pensar que un día aliviaría tu pena, compartiéndola contigo... y, ¡en este momento de angustia suprema quieres huír!

LORENZO.—No es mi voluntad, es mi ruina la que me obligaba a marcharme. Tengo que elegir entre la fuga o la quiebra... ¿Y sabes tú lo que es la quiebra?... Es la humillación, el sonrojo y la vergüenza; es lo que oías esta mañana de Muller; es la cólera de

los acreedores, el odio y la amenaza de los obreros, el abandono de los amigos y, ¡lo que es más horrible todavía!, el desprecio de los hijos...

MATILDE.—No; los hijos, no.

LORENZO.—Recuerda las palabras de Laura esta mañana... No...; no puedo detenerme ni una hora..., ni un minuto... (*Coge la maleta.*)

MATILDE.—¡Lorenzo!

LORENZO.—¡Matilde, perdóname!

MATILDE (*Abrazándole.*) — ¡Con toda mi alma!

LORENZO (*Ya desde la puerta.*)—Asómate para que te vea la última vez. (*Vase. Matilde va a la ventana, desde donde ve alejarse a su marido, a quien, emocionada, despide diciendo adiós con la mano y con el pañuelo. mientras el telón va bajando lento.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, LAURA, LUISA *y* FEDERICO

LUISA.—¿A qué viene tanta solemnidad? ¿Qué sucede?

LAURA.—¿Para qué nos llamas?

MATILDE. — Tengo que deciros algo muy grave, algo muy doloroso que cambia toda nuestra vida...

LUISA.—Me asustas, mamá.

LAURA.—Habla.

FEDERICO (*Haciendo ademán de retirarse.*) Si se trata de asuntos de familia...

MATILDE.—Usted, Federico, es como si fuese ya de la nuestra. Quédese; se lo ruego. Y vosotras tened valor para escucharme.

LUISA.—¡Por Dios, mamá!...

LAURA.—¿Qué pasa?...

LUISA.—Tienes ojos de haber llorado...

LAURA.—Di pronto, sea lo que fuere...

MATILDE.—Hijas mías: la desgracia se ha abatido sobre esta casa... Los días de prueba han empezado... Es la ruina, es la pobreza.

LAURA *y* LUISA.—¿Eh? ¿Qué?

MATILDE. — Vuestro padre, vuestro pobre padre, después de una lucha sobrehumana que sólamente Dios, él y yo sabemos, no ha podido evitar la catástrofe.

FEDERICO.—¿La catástrofe, dice usted?

MATILDE.—Sí; ¡la catástrofe, la insolvencia!

LUISA.—¡Dios mío!

LAURA.—¡Como Muller!

MATILDE.—Como todo comerciante a quien abandona la fortuna.

LAURA.—¿Y qué ha hecho mi padre? ¿Qué piensa hacer? ¿Por qué eres tú, y no él, quien nos habla?...

MATILDE.—¡Vuestro padre no está aquí!

LAURA.—¿Que no está aquí?

MATILDE.—No tuvo más remedio que alejarse.

LUISA.—¡Nos abandona!

LAURA.—¡Qué vergüenza!

FEDERICO (*Aparte.*)—¡Bonita jugada!

LUISA. — ¿Y qué va a ser ahora de nosotras?

LAURA.—¡La fuga!... Tras del engaño, la cobar...

MATILDE.—¡Calla, Laura, calla!... Piensa que es tu padre.

LAURA.—¿Ha pensado él en sus hijas?... Al pensamiento no puede sujetársele, y el mío acusa.

MATILDE.—Honrar a tu padre y a tu madre es mandamiento de Dios.

LAURA.—No es mucho pedir que los padres honren también a sus hijos.

MATILDE.—¿Y tienes tú derecho a acusarle? ¿Conoces tú las causas de su desgracia? ¡Qué sabes de sus dolores, de sus angustias, de sus noches en vela, de sus tormentos de todos los minutos! ¿Y por qué tan duro, tan largo martirio? Por vosotras. Por el bienestar, por la felicidad de sus hijas. ¡Oh, de qué otra manera hablaríais si en vez de sucumbir hubiera triunfado!

LAURA.—Yo, no. No es felicidad la que se basa en un engaño. La estrechez, la miseria, mejor mil veces que el lujo usurpado... Y ahora, al llegar la desgracia..., la fuga... Ni siquiera el valor de soportar el infortunio.

MATILDE.—No sigas... Tus palabras son crueles, tus palabras son malas...

LAURA.—Amargas como la verdad.

FEDERICO.—Claro que cuando se aparenta lo que no se tiene...

LAURA.—Se defraudan las esperanzas de los que se fiaron de apariencias.

FEDERICO.—¿Qué es lo que quieres decir?

LAURA.—Lo que he dicho y nada más.

MATILDE.—Hija mía, ¡por Dios!, no son estos momentos de recriminaciones.

LAURA.—Dices bien; lo son de resolver... La marcha de mi padre significa que nada de lo que hay aquí nos pertenece... Vendrán los acreedores y se apoderarán de todo, porque todo es de ellos... Nos reclamarán lo que hemos disfrutado sin ser nuestro... ¡Oh, qué vergüenza, qué vergüenza!... Quizás sean generosos, quizás, compadecidos de nuestro abandono, nos querrán dar una limosna... ¡Yo no he de aceptar nada!

MATILDE.—¿Qué piensas hacer?

LAURA.—¡Trabajar! Ganar honradamente mi vida y la tuya.

MATILDE (*Conmovida.*)—¡Hija mía!

LUISA. (*Gimoteando.*)—¿Y yo qué he de hacer por de pronto?

LAURA.—Trabajar también.

LUISA.—¡Si yo no sé hacer nada!

LAURA.—Todos servimos para algo.

LUISA.—Podría irme a casa de tía Marta. Muchas veces me ha propuesto que me fuera a vivir con ella.

MATILDE.—¡Tu tía Marta!... Antes te habría recibido con los brazos abiertos... Ahora...

LUISA. — ¿Crees que me rechazaría?... ¿Qué dices tú, Federico?

FEDERICO.—¡Yo qué sé!

LUISA.—¿Eso me contestas?

FEDER.—¿Qué quieres que te diga? ¡Todo ha cambiado tanto!

LUISA.—Pero tú, no; ¿verdad que no?

FEDERICO.—¿Por qué había yo de cambiar?

LAURA.—Dice bien: él es el único que no ha cambiado.

FEDERICO (*A Laura.*) — Me hablas de un modo... Claro que las circunstancias de hoy no son las de ayer... ¿Tiene algo de particular que no se me ocurra nada?

LAURA (*Aparte.*) — ¡Es verdad! Lo raro sería lo contrario.

LUISA (*A Federico.*)—Otras palabras esperaba yo de ti.

FEDERICO.—En momentos como éstos, los que no somos de la familia no tenemos opinión.

MATILDE.—Como de la familia le hemos considerado.

FEDERICO.—Y yo lo agradezco; pero... no sirvo para estas cosas... Si pudiera serles útil... Pero... como no lo soy... Vamos, que prefiero volver otro día, cuando ya estén ustedes más tranquilas...

LUISA.—¡Federico!

LAURA (*Aparte.*)—¡Qué hombres!

FEDERICO (*A Luisa.*)—Ya te he dicho que soy siempre el mismo; pero... no puede ser..., no sirvo.... no sirvo... (*Yendo hacia la puerta.*) ¡Hasta muy pronto! (*Vase.*)

LUISA.—¡Y me deja! ¡Y nos abandona en estos instantes!

LAURA.—¡Era de esperar!

LUISA.—¡Ay, mamá! ¡Qué desgraciada!

MATILDE.—No llores; ya lo ves: no era digno de ti.

JACOBO (*Desde dentro.*)—Quiero entrar... Tengo que entrar.

LAURA.—¿Qué significan esos gritos?

LUISA.—¿Será una nueva desgracia?

MATILDE (*A un criado que se presenta.*)—¿Qué pasa? ¿No le dije que queríamos estar solas?

CRIADO.—Señora, el capataz de la fábrica pretende a todo trance hablarla.

LAURA.—¡Que entre! (*Vase el criado.*)

ESCENA II

DICHOS *y* JACOBO; *luego,* RICARDO

(*Jacobo entra con cierta violencia; pero al ver reunida a la infortunada familia, cohibido por el respeto, quédase al punto un tanto cortado.*)

MATILDE.—¿Qué quiere usted?

JACOBO.—Vengo... Es decir, venía, porque los obreros... y yo también... Es decir, ellos me mandan a mí... para que yo...

LAURA.—Explíquese usted.

JACOBO.—Yo no quiero ofender a ustedes, porque, al fin y a la postre, ustedes ¿qué culpa tienen?... Pero cuando uno no cuenta más que con su trabajo y tiene mujer y tiene hijos..., y cuando uno lleva veinte años dando su sudor y su vida..., como yo los he dado en esta casa... Eso de que le engañen a uno y se le lleven su dinero y le dejen, como quien dice. en mitad de la calle..., eso es una mala acción..., una canallada.

MATILDE.—¡Jacobo!

JACOBO.—Ya le he dicho que a usted la respeto... Pero a don Lorenzo..., que nos ha engañado, que nos ha estafado... ¡Y yo que le creía el bienhechor de la comarca!... ¡El bienhechor!... ¡Cien familias, señora, cien familias, señoritas, se quedan sin pan!...

LAURA (*Aparte.*)—¡Desgraciados!

JACOBO. — Y cuando voy a buscar el dinero para pagar los jornales, se me dice: "El amo ha puesto pies en polvorosa, llevándose lo tuyo y lo de todos..." Dígame usted, señora, díganme ustedes, señoritas, ¿cómo se llama esto?... Y ellos todavía menos mal..., pero ¿y yo, que le había entregado mis ahorros al amo, creyéndolos en sus manos más seguros que en las mías. Yo debí hacer igual que Ricardo: tener el dinero siempre con uno, y así no hubiera podido ese...

MATILDE.—Modérese usted, Jacobo... Yo se

lo ruego... Mi marido no está; pero usted y los obreros cobrarán.

JACOBO.—¿Cómo?

MATILDE.—Ya veremos cómo; pero cobrarán.

LAURA.—Sí, hasta el último céntimo.

JACOBO.—Ustedes querrán pagar... Pero no basta con la intención... Además, el comer no tiene espera... ¿Cómo digo yo a esos hombres, marchaos a vuestras casas y, en lugar del jornal, llevad a ellas la noticia de que el amo se ha escapado, y de que no hay ni dinero, ni trabajo, ni fábrica...? (*Suena rumor de voces, que se acerca*)

MATILDE.—¿Por qué esas voces?

JACOBO.—Son los obreros. Creen que el amo les habrá dejado a ustedes algún dinero..., y quieren cobrar.

LUISA.—Tengo miedo, mamá.

LAURA.—¡Que vengan!... Puesto que no quieren esperar, les daremos nuestras joyas. (*Las voces, que se habían ido acercando hasta oírse al pie de la ventana, van alejándose.*)

MATILDE.—Parece que se alejan. (*Entra Ricardo, que se dirige hacia Jacobo.*) ¡Ricardo!

RICARDO (*A Jacobo.*) — ¿Qué hace usted aquí?

JACOBO.—Reclamar lo que es mío y lo...

RICARDO.—¡Vaya usted a la fábrica y espéreme allí.

JACOBO.—Es que los obreros... Dos horas hace que han terminado el trabajo, y ya no esperan..., amenazan...

RICARDO.—Los obreros aguardan a que hable yo con ellos... ¡Vaya usted!

JACOBO.—Bueno... Allá voy... Pero no olvide que a esas gentes no se les puede ir con palabras... Ustedes perdonen... (*Vase.*)

MATILDE.—¿Qué hacer, Ricardo?

RICARDO.—Si la señora quisiera oírme...

MATILDE.—Diga usted. (*Ricardo dirige una mirada a Laura y Luisa, como si no se atreviese a hablar delante de ellas. Laura toma a Luisa del brazo y vanse las dos.*)

ESCENA III

DOÑA MATILDE *y* RICARDO; LAURA

MATILDE.—Ya le escucho.

RICARDO.—Cuento con fondos para pagar a los obreros y a Jacobo.

MATILDE.—¿Hay en caja?

RICARDO.—Para el caso presente, como si los hubiera.

MATILDE.—No comprendo.

RICARDO.—Usted sabe que desde muy joven, casi desde niño, estoy en esta casa. Don Lorenzo ha sido siempre bueno para mí... Lo que soy, a él se lo debo... Mis necesidades han sido pocas... Temo que mis palabras puedan molestarla...; pero... tengo ahorrado algún dinero..., lo bastante para pagar a los obreros y a Jacobo... Si usted acepta, podrán evitarse algunas contrariedades...

MAT.—¿Qué dice usted, Ricardo?... ¡Sus ahorros! ¡Todo lo que usted posee! Usted sabe que en esta casa nada hay ya que nos pertenezca... ¿Cómo aceptar lo que no se puede devolver?

RICARDO.—Sin duda, no he acertado a explicarme. No es un préstamo lo que yo propongo... Lo que yo deseo, lo que yo le pido es que en estos momentos no me mire usted como un extraño... Yo hubiera pagado a los obreros sin decir a ustedes nada; pero he temido que usted, que la señorita Laura, se creyesen ofendidos. Acepte usted, señora, mi pobre ofrecimiento... Me hará usted dichoso aceptándolo.

MATILDE.—¡Oh, Ricardo, usted es muy bueno! Con toda el alma agradezco su generosidad, su sacrificio.

RICARDO.—No hay sacrificio... ¡Qué mayor satisfacción para mí que poderles ser útil!

MATILDE.—¡Dios mío, Dios mío! Yo no sé qué decirle, ni cómo agradecerle... ¡Es tan noble la conducta de usted!... ¡Laura, Luisa!

RICARDO.—¡No las llame usted! A ser posible, sería mejor que ignorasen...

MATILDE.—¡Oh, no! Ellas deben saber...

LAURA (*Entrando.*) —¿Llamabas, mamá?

MATILDE.—Sí; os llamaba a ti y a Luisa para deciros que no todos son ingratos, que no todos nos abandonan en nuestra desgracia...

RICARDO (*Atajándola, azorado.*) — ¡Señora!...

LAURA.—¿Qué sucede? ¿Por qué hablas así?

MATILDE.—Ricardo puede pagar a los obreros y a Jacobo y...

LAURA.—¿Con qué fondos?

RICARDO.—Hay medios...

MATILDE.—Nos ofrece sus ahorros...

LAURA.—¿Sus ahorros?

RICARDO.—Su mamá de usted quiere decir...

LAURA.—¿Usted ha ofrecido...?

RICARDO.—No merece la pena de ocuparse de ello...

LAUR.—Mamá, quiero hablar con Ricardo.

MATILDE.— Sí, hija; habla tú con él. Es lo mejor.

RICARDO.—Pero si ya lo he dicho a su madre...

LAURA.—¡No importa! Yo le ruego que se quede. (*Vase Matilde.*)

ESCENA IV

LAURA *y* RICARDO

LAURA.—Ha hecho usted à mi madre un generoso ofrecimiento.

RICARDO.—Yo... yo... Es una cosa tan natural.

LAURA.—A mí me parece extraordinaria.

RICARDO.—Tan poco vale, que...

LAURA.—¿Lo cree usted así?

RICAR.—Porque lo creo, me he atrevido...

LAURA.—¿Sólo por eso?

RICARDO.—Sólo por eso.

LAURA.—Usted, mejor que nadie, sabe la situación en que ha quedado nuestra casa... Mañana mismo habremos quizá de salir a recorrer, ¡Dios sabe cómo!, los fatigosos caminos de la vida. Usted también tendrá que hacer lo mismo, porque también a usted alcanza nuestra ruina... Si nosotros aceptásemos su oferta, ¿qué haría mañana?...

RICARDO.—Soy joven..., el trabajo no me asusta. Además, no me he parado a pensar...

LAURA.—Pues yo sí. Pienso en lo pasado y en lo que está por venir... Procuro siempre buscar las causas de los hechos... Mi madre no aceptará su generoso ofrecimiento.

RICARDO.—¿Por qué no?

LAURA.—Porque yo me opondré.

RICARDO.—Pero ¿qué mal hay en ello?

LAURA.—Yo en esto, Ricardo, creo saber más que usted.

RICARDO.—¿Qué puede usted saber? Que he comido durante muchos años el pan de esta casa, a la que quiero como mía, que he visto el conflicto que provocaban los obreros y que he querido evitar a ustedes una pena entre las muchas que las afligen... Esto es todo.

LAURA.—Oigame usted, Ricardo. Tengo que hablarle con ruda franqueza. Cuando una mujer que se estima, equivocadamente o no, sabe o cree saber que la generosidad de un hombre procede de otro sentimiento que el de la amistad, esa mujer, si es digna, agradece, en todo caso, el generoso ofrecimiento, pero no puede aceptarlo.

RICARDO.—¿De modo que sólo por ser mío lo rechaza usted?

LAURA.—De cualquiera podría aceptar una mujer un préstamo menos del hombre que la ha manifestado, en vano, cierta clase de sentimientos. Si es usted sincero consigo mismo, comprenderá que llevo razón.

RICARDO.—Nunca he hecho traición a mis sentimientos. La manera de interpretarlos usted me ofende.

LAURA.—Y yo como no sé mentir, como no sé ocultar lo que pienso, he de decirle que hay ocasiones en que un favor puede ser un agravio.

RICARDO.—¿Qué dice usted?

LAURA.—Mire, Ricardo. Quizás nos hayamos ofendido mutuamente. Yo a usted con la rudeza de mis palabras. Usted a mí con el pensamiento... Perdone usted y olvide, como yo olvido y perdono... Y ahora... ¡Buena suerte! (*Alargándole la mano.*) ¡La mano!

RICARDO (*Retirándola.*)—¡No! Podría desteñirse y mancharla a usted.

LAURA.—¿Rechaza usted mi mano?

RICARDO.—¡Sí, la rechazo!... Porque no puede existir afecto donde no existe estimación, y usted me ha atribuído intenciones viles, porque ha envenenado usted la pureza de mis sentimientos, porque me ha creído usted capaz de una bajeza.

LAURA.—Yo no he dicho...

RICARDO.—Usted ha supuesto que yo me aprovechaba de las circunstancias para elevarme hasta usted... ¡El dependiente, el ser inferior, el hombre rudo y vulgar, cuyas manos, tan distintas de las manos ociosas, le inspiraban a usted burlas y desprecios, se atrevía a llegar hasta usted a ofrecerle su amistad, quizás a solicitar su amor, a cambio de un favor despreciable... ¡Eso es lo que usted ha pensado!

LAURA.—¡Ricardo!

RICARDO.—Usted ha sorprendido mi secreto. Es verdad que la adoraba, que mi alma ante usted estaba siempre de rodillas... ¡La miraba como se mira a la Virgen en el altar; pero menos piadosa que la Virgen, ha visto usted en mi adoración un agravio y me ha tratado como trató a mis pobres flores esta mañana.

LAURA.—¡Es ya demasiado!

RICARDO.—Pensará que yo debía estar acostumbrado a sus injusticias... Es verdad... (*Laura hace un movimiento de protesta.*) Sí, usted conmigo ha sido siempre injusta, injusta hasta la crueldad...

LAURA.—¡Basta ya!

RICARDO.—Sí. Basta... Pero antes de marcharme quiero decirle que su acción no ha sido buena (*Va a marcharse y vuelve.*) y quiero decirle más: quiero decirle que estas manos, que a usted le parecen tan vulgares, manos de obrero, indignas de estrechar manos aristocráticas, se han deformado a fuerza de trabajar... Y quiero decirle que si alguna vez—¡Dios no lo quiera!—las de usted, tan delicadas ahora, pudieran llegar a enrojecer como éstas, y las tuviera que ocultar avergonzada para que no fueran objeto de burlas..., entonces comprendería lo poco piadosa que ha sido con las mías... ¡Adiós, señorita Laura. (*Mutis Ricardo.*)

LAURA.—¡Hase visto!... ¡Está loco! (*Preocupada.*) ¡Y, sin embargo...! (*Pausa larga.*) ¿Tendrá razón?... ¿Habré sido cruel?...

ESCENA V

LAURA, MATILDE *y* LUISA; *luego*, DON LORENZO

MATILDE.—He visto a Ricardo cruzar el jardín muy de prisa. ¿Qué has hablado con él?

LAURA.—Le dije lo que nuestra dignidad me aconsejaba... No debíamos, no podíamos aceptar.

MATILDE.—¡Era tan generosa su oferta!

LUISA.—¡Y cuando todos, todos, hasta los más obligados a ser buenos, se apartan de nosotras!

LAURA.—¿Qué sabes tú? Tan interesada puede ser la conducta del que nos deja como la del que nos brinda protección.

MATILDE.—¿Por qué dices eso?

LAURA.—No debo ocultar la razón que he tenido... Ricardo se ha atrevido antes de ahora a poner los ojos en mí... Luisa lo sabe.

MATILDE.—¿Es posible? ¿Y por eso...?

LAURA.—No me atrevo a creer, no quiero creer que la acción de Ricardo sea..., no sé cómo decirlo..., una... maniobra para conseguir por gratitud aquello en que nunca pudo ni debió soñar... Comprenderás, mamá, que la sola sospecha de que pudiera ser así, basta para rechazar un favor que nos humillaría, que nos rebajaría a nuestros propios ojos...

MATILDE — Sí; pero... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y esos obreros que esperan? No se irán, según dijo Jacobo, hasta cobrar lo que es suyo.

LUISA.—¡Ay, mamá. tengo miedo!

LAURA.—Yo les hablaré; les convenceré. Les diré que para que ellos cobren venderemos nuestras joyas, nuestros trajes.

MATILDE.—No querrán esperar.

LUISA.—¡Estarán furiosos! Te faltarán al respeto.

LAURA.—¡Lo veremos!

MATILDE.—¿Qué vas a hacer?

LAURA.—¡Voy a la fábrica! (*Va a salir y, al llegar a la puerta, se presenta don Lorenzo.*)

LAURA.—¿Tú?

MATILDE.—¡Lorenzo!

LUISA.—¡Papá!

LORENZO.—¡Sí!; yo soy... Ya lo veis... Quise huír y... ¡no he podido!

MATILDE.—¿Han estorbado tu viaje? ¿La Policía quizás?...

LORENZO.—No; Dios... En el momento más decisivo de mi vida. El me ha mostrado el camino que debo seguir... Estoy resuelto a sufrirlo todo..., a soportarlo todo... Hasta que tú, Laura, me repitas lo que a Muller dijo su hija... Apuraré un cáliz hasta las heces... Oidme... Quiero deciros cómo fué... Salí de aquí...; el deseo de alejarme me impulsaba, y al mismo tiempo parecía como si una fuerza poderosa me sujetase... No sé cómo pude llegar al puerto... Subí al vapor que debía de llevarme a Francia. Pedí un camarote y me encerré en él... Pasaron no sé si horas o minutos... El barco no partía... ¡Qué ansiedad! ¡Qué angustia! ¡Me parecía veros llorando, oír vuestras palabras de dolor, de indignación... Subí a cubierta y me puse a pasear como un loco... El cielo estaba obscuro, tan obscuro, como si Dios hubiera dispuesto que ni una sola estrella alumbrase mi camino... De repente hirió mis oídos un grito horrible: "¡Hombre al agua"!... Todos corrimos hacia el sitio de donde había partido la voz... Abajo, el mar, formaba esos círculos siniestros, que se van ensanchando, como si horrorizados, quisieran alejarse del náufrago que se ahoga... ¡Ayes, imprecaciones, voces de los que mandaban y de los que obedecían! ¡Armad un bote!; ¡largad un cable! Con el alma puesta en los ojos, inclinados sobre la borda, esperábamos el final de aquella tragedia que, por un instante, me hizo olvidar la mía... Por fin, un marinero surgió del mar, como si levantase la tapa de un sepulcro. A los pocos minutos dejaba sobre cubierta un cuerpo inerte... No era un hombre; era una mujer, casi una niña. A la luz de una linterna que alguien acercó al rostro de la muerta, vi un semblante lívido, unos cabellos húmedos y enmarañados, unos ojos espantosamente abiertos... Aparté los míos horrorizados..., y fuí a refugiarme en un rincón de la proa... Cuando en vano intentaba ahogar en el egoísmo de mi dolor el recuerdo de la espantosa escena, oí cerca de mí las voces rudas de dos marineros: "¡Pobre chiquilla!—decían—. ¡Quién había de imaginarlo cuando la veíamos jugar con su hermana cerca de la cantina del puerto! ¡Buena la hizo, abandonándolas, el tunante de su padre! La una, rodando por el mundo. La otra, ¡ya la has visto!... ¡Si el padre que abandona a sus hijos, no merece perdón ni de Dios ni de los hombres!..." En aquel instante sentí como si un relámpago iluminase mi conciencia. A su luz vi mi casa, esta casa abandonada, mis hijas sin padre, y en mis ojos la mirada sin mirada de la muerta, y en mis oídos el eco de la voz que repetía: "¡No mereces perdón ni de Dios ni de los hombres!..." El barco partió y yo, ¡ya lo veis!, estoy aquí.

LAURA. (*Abrazándole.*) — ¡Padre de mi alma!

MATILDE.—¡Lorenzo!

LUISA.—¡Padre! (*Se abrazan formando grupo. Pausa.*)

LORENZO.—Yo sé que he causado vuestra desgracia. Por mi culpa tendréis que soportar la estrechez y la pobreza. Pero vosotras me perdonaréis... ¿Verdad, que no me guardaréis rencor?

MATILDE.—¡Rencor nosotras!

LAURA.—No; tú eres el que tienes que perdonarnos. Fuí injusta... Ahora lo veo claramente... En tu determinación debió entrar por mucho la dureza de mis palabras...

LORENZO.—¡Cuánto bien me hacen las tuyas! Ahora ya nada me intimida. Decía bien Valsinde, firmaré la declaración de quiebra... Contando con vuestro cariño soportaré todas las humillaciones, el embargo, la repulsa de los que antes me respetaban, la pobreza, ¡todo! Yo, que hace unos momentos me sentía débil, cobarde, egoísta, sin fuerzas para asistir al derrumbamiento de mi casa y de leer en vuestros ojos miradas acusadoras, me encuentro ahora fuerte, valeroso, dispuesto a hacer frente a las mayores calamidades; pero... con vosotras.

MATILDE.—Sí; todos juntos.

LORENZO.—Emprenderemos nueva vida. Trabajaré con iguales bríos que en mi juventud... Y si desfallezco, vosotras me sostendréis...

LAURA.—Trabajaremos todos.

LUISA.—Sí, y yo también.

MATILDE.—Y Dios premiará nuestros esfuerzos.

LORENZO. (*A Matilde.*)—Mi premio será vuestro cariño.

LUISA.—Sí; te querremos, te querremos mucho.

LAURA.—¡Oh, mucho! ¡Yo siento una necesidad de querer y ser querida!

LORENZO.—La desgracia nos ha quitado la riqueza, pero nos ha devuelto el amor... Volveré a ser para vosotras lo que debí ser siempre, y vosotras para mí lo que erais cuando pequeñitas... ¿Os acordáis? Después, los negocios, las preocupaciones... Hemos vivido como extraños... ¡Y pensar que he estado a punto de abandonaros!

LAURA.—No pensemos en lo que ya pasó. Todos tenemos algo de que arrepentirnos... Se acabaron ya las desconfianzas... Ahora vas a tener a tu lado buenas hadas... No verás más que semblantes alegres... El trabajo y el amor alegrarán nuestra vida..., y por las noches nos reuniremos, fatigados quizás, pero contentos, alrededor de la mesa como cuando Luisa y yo éramos pequeñas.

MATILDE.—Y será serena nuestra vida.

LORENZO.—Y tranquilo nuestro sueño.

MATILDE.—Sí, sí; pero hasta llegar a eso, ¡cuántas amarguras!

LAURA.—Todas las soportaremos con valor.

LORENZO.—Sí, todas, y con esperanza en el porvenir.

MATILDE.—Pero no podemos olvidarnos del presente... Ya ves, ahora mismo, los obreros de la fábrica quieren cobrar, no podemos pagarlos, y esperan...

LORENZO.—¡Es verdad! Olvidé al marcharme que era día de pago... Pero tengo dinero, ¡todo el que me llevaba! Se les pagará en seguida.

MATILDE.—¿Y a Jacobo, que reclama lo suyo?

LORENZO.—¡También cobrará! ¡Cobrarán todos! Gracias a ti (*A Matilde.*) debe haber bastante. (*Saca la cartera.*) ¡Llamad a Ricardo!

LAURA.—¡Ahora mismo!

LUISA. (*Corriendo hacia la puerta.*)—¡Yo voy!... (*Se oyen rumores y ruido como de personas que pasan hablando por debajo de las ventanas. Todos hacen un movimiento de extrañeza. Luisa se queda un instante parada junto a la puerta.*)

MATILDE.—¿Qué es eso?

LORENZO. (*Que se ha acercado a la ventana.*)—Son los obreros... Parece que se van.

LAURA. (*A Luisa.*)—¡Llama, llama a Ricardo! Que venga en seguida... (*Vase Luisa. Matilde y Laura se acercan a la ventana.*)

LORENZO.—¡Qué extraño!

MATILDE.—¡Y van tranquilos!

LAURA.—¡Como si hubiesen cobrado! (*Entra Luisa corriendo y con una carta en la mano.*)

LORENZO. (*A Luisa.*)—¿Y Ricardo?

LUISA.—No está. No hay nadie en la fábrica.

LORENZO.—¿Nadie?

LUISA.—Se fueron todos. El portero me ha dado esta carta para ti. (*A Laura.*)

LAURA. (*Abriéndola y leyéndola con la vista.*)—¿De Ricardo?... ¡Me lo daba el corazón!

LORENZO.—Lee.

MATILDE.—¿Qué dice?

LAURA. (*Leyendo en alta voz.*)—"Señorita Laura: Perdóneme usted. La he desobedecido. Ni los obreros ni Jacobo volverán a importunar a ustedes. Tampoco la importunará más mi presencia. Dentro de poco estaré navegando para América. Perdón otra vez, y que sea usted muy feliz..." ¡Tenía razón, he sido injusta con él! ¡Vale más que yo!

LORENZO.—¿Qué significa esa carta?

LAURA.—Es difícil de explicar y más difícil de comprender.

MATILDE.—Significa que nos ha dado cuanto poseía.

LORENZO.—¡Eso no puede ser! ¡Pobre muchacho! El barco para América no sale hasta por la mañana. Yo buscaré a Ricardo, le encontraré y le devolveré el dinero que tan generosamente nos ha dado...

LAURA.—No basta devolverle ese dinero.

LORENZO.—¿Qué dices?

LAURA.—Padre, es necesario que Ricardo vuelva a esta casa.

MATILDE.—¡No querrá volver!

LAURA.—Sí volverá... Le dirás (*Dirigiéndose a su padre.*) que yo, tu hija, Laura, le suplica que vuelva, y le dirás también que mi mano, esta mano delicada y ociosa, necesita la suya, fuerte y roja, pero ennoblecida por el trabajo.

LUISA.—¡Laura! ¿Tú?...

LAURA.—Sí; yo... La Princesa Laura, la orgullosa Laura, acaba de ver cuál es el único camino de su felicidad. (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

Antonio Navarro Ordóñez

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO. Martín de los Heros, 65


NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL
VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.
Remedio seriamente científico y único en el mundo, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). No contiene los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAINA, MORFINA, etc.. que integran todos los demás específicos para el estómago. No produce estreñimiento y lo suprime totalmente. Cura, así, el exceso como la falta de ácidos. No obliga al régimen lácteo y permite en breve plazo comer de todo, con digestión perfecta. No tiene sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica
Frasco: 6 pesetas
También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas
El ilustre médico de San Sebastián, doctor C. de Irigoyen, Comendador de la Real orden de Isabel la Católica, Caballero de la Orden del Mérito Naval. Premiado en importantes certámenes médicos nacionales y extranjeros y perteneciente a todas las Academias de Medicina de España y América etc., etc., dice en un extenso y luminoso dictamen:
"Neutrácido Español", me ha proporcionado en los numerosísimos casos en que lo he formulado, curaciones sorprendentes, no sólo en casos de hiperclorhidria; sino en variadísimos trastornos por falta de ácido clorhídrico, afecciones diversas del hígado e intestinos, graves e inveteradas; así como procesos múltiples del artritismo, considerándolo por ello y por su inofensiva y original composición, como sublime producto que merece una voz nacional a la labor terapéutica positiva y universal, que brillantemente nos concede"
Solicite Vd. del concesionario exclusivo D. José Marín Galán.
Arjona, 4.—Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.


"METAL"
WATT